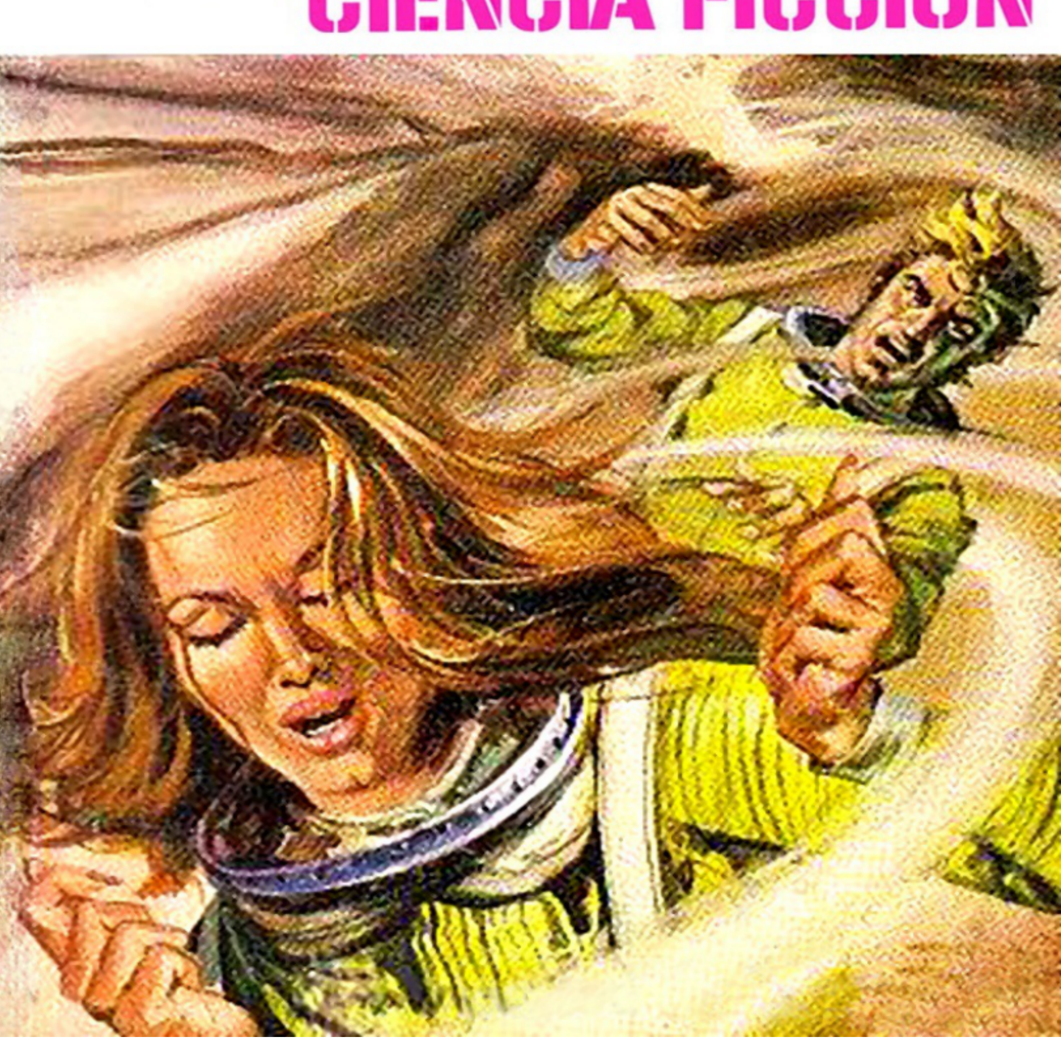
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

S.O.S. GALACTICO

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



S.O.S GALÁCTICO

RALPH BARBY

CAPÍTULO PRIMERO

La X-Nidal-20 navegaba a través de los espacios siderales con velocidad de crucero, es decir, doscientos mil kilómetros por segundo. Podía reducir marcha o acelerar sin llegar a la velocidad de la luz, pero lo que ya no podía hacer era detenerse jamás. Había sido impulsada hacia el espacio y debía estar navegando como un asteroide errante hasta que le llegara la hora de su desintegración o desecho espacial por desuso. La nave era gigantesca, de forma cilíndrica, sin salientes y con una pista de toma de contacto sobre su lomo. Para una posible emergencia de combate, en sus costados, a

babor y estribor, se abrían como dos enormes alas en las que iban prendidas las astronaves de combate, diez a cada lado. Las astronaves de combate, con su armamento completo podían salir catapultadas de inmediato hacia delante, a terribles velocidades con sólo poner en marcha sus motores. De esta forma se desprendían de las alas de la nave nodriza que después se plegaban tornando a su posición original. Las astronaves de combate, a su regreso, tomaban contacto con la X-Nidal-20 posándose sobre el lomo. Mediante un ascensor, eran trasladadas inmediatamente a los hangares donde eran revisadas, aprovisionadas y enganchadas de nuevo en el ala correspondiente, dispuestas para volver a entrar en combate En la nave no había un mando único.

La comandancia la formaba el representante político de la federación Terrícola, el comandante de la X-Nidal-20, comandante de la flotilla de las veinte astronaves combate y la comandante de servicios sociales y de régimen interior. Por tanto, eran cuatro y así las decisiones debían de ser democráticas. Si se producía un empate de dos a dos en las decisiones, se llamaría al representante social de la tripulación que daría su voto en nombre de toda la tripulación. Así se rompería el empate en forma democrática. El embajador viajero, el político, era un oriental terrícola llamado Showang y resultaba difícil averiguar su edad mirándole al rostro. Jamás tomaba decisiones rápidas, por ello era un excelente político que no se movía por impulsos, pero para tomar decisiones rápidas y drásticas no era el hombre idóneo. Emerson, el comandante de la X-Nidal-20, era también un hombre sereno. No era joven y había alcanzado el alto puesto que ocupaba grado a grado, año a año, pasando por el escalafón. Se podía confiar totalmente en él cuando se le daba una orden, pero todavía estaba por descubrir cuál sería su comportamiento en una situación verdaderamente difícil en la que tuviera que decidir sobre la vida de toda la tripulación incluyendo la suya propia. Navegar por el espacio sideral a altas velocidades

suponía, cortar casi el cordón umbilical que les unía con el gobierno de la Confederación Terrícola. La comandante de servicios sociales y de régimen interior era la capitán Galatea, una mujer segura de sí alta y flexible, de espesos cabellos rubios y ojos grandes, de pupilas intensamente verdes. Podía constituirse en sex-symbol de las mujeres terrícolas por lo que respectaba a su figura, piernas, caderas, cintura, pechos plenos y altos, su rostro agradable y sereno que lo mismo podía transpirar ternura que firmeza. Resultaba difícil sentirse mal al lado de la capitán Galatea. El comandante Emerson trataba de atraer su atención, congraciarse al máximo con ella y le tenía un sinfín de atenciones, cosa que no ocurría con el mayor Xacman, comandante de la flotilla de astronaves, que la trataba con cierto desparpajo. Xacman era un hombre todavía joven, preparado para tomar decisiones rápidas, un hombre con intuición, entrega total hacia sus camaradas y subordinados. Si uno de sus hombres de flotilla había de correr algún riesgo, prefería correrlo él y de ello... había dado innumerables pruebas. Xacman se veía alto, más que el propio comandante Emerson. Su cabello era rubio ceniza y sus ojos de un gris hielo. Xacman era un pícaro y se contaba que habla tenido muchos amoríos, inclusive entre miembros femeninos de la propia nave Entre los cuatro comandantes no habían surgido problemas. Galatea se mostraba muy atenta con el comandante Emerson y parecía algo molesta por la forma de actuar de Xacman que no ponía en su trato la seriedad que ella exigía. Xacman semejaba complacerse en irritar a Galatea; la provocaba un poco y lo hacía sin inclinaciones sensuales, lo que en el fondo todavía molestaba más a la eficiente Galatea, que debía considerar que si ella se lo proponía, podía hacer que los hombres orbitasen a su alrededor como satélites artificiales cuya trayectoria pudiera modificar a su capricho. En la sala de comandancia, junto al puente de mando, se habían reunido los cuatro. Todo funcionaba como era normal en la X- Nidal-20, es decir, a la perfección.

—Hemos recibido la aclaración por parte de nuestro gobierno de por qué nos dirigimos a Titán —dijo Emerson. Tras estas palabras, miró a sus interlocutores esperando una reacción.

El mayor Xacman fue el primero en decir:

—Hace ya más de trescientas horas que viajamos hacia Titán sin que conociéramos el motivo.

El embajador volante Showang señaló al comandante Emerson.

—Él nos lo explicará, seguro.

—Tengo la impresión, embajador, de que usted ya sabía de qué se trataba —observó Xacman.

—¿Qué le hace suponer tal cosa, mayor Xacman?

—No sé, los políticos son muy escurridizos

La capitán Galatea puntualizó.

—Se había recibido la orden de no decir nada y la ha cumplido, merece todos los respetos y la confianza de sus superiores.

—Bien, bien —aprobó Xacman— sólo que en esta nave estamos todos embarcados. ¿Qué sucede en Titán? —y ladeó su rostro hacia el comandante Emerson.

—De Titán ha partido una llamada de SOS galáctico.

—¿Un SOS galáctico? Eso puede significar mucho o poco.

Ante la observación de Xacman, la capitán Galatea preguntó:

—¿Qué es para usted mucho o poco?

—Pues, poco... —vaciló— puede ser una nave averiada, que algún astronauta explorador se haya metido en apuros; pero no tenía noticia de que naves tripuladas de la Confederación Terrestre hubieran rebasado el campo de Júpiter. Creí que estaba prohibido desde que rechazamos a los humanoides de Gowm.

Xacman acababa de hacer referencia a los seres provenientes de un lejano y extraño mundo llamado Gowm que habían efectuado una incursión en el Sistema Solar de los terrícolas con aire de conquistadores; mas fueron rechazados por las astronaves de combate terrícolas que habían tenido que librar con ellos terribles

batallas en el espacio cósmico, donde muchos bravos astronautas de combate habían perdido la vida, desintegrándose. Los seres de Gowm habían sido rechazados, pero se temía una posible y nueva incursión, pues en realidad se ignoraba de qué fuerzas disponían.

—Podría tratarse de un explorador privado —opinó el político Showang con su lentitud oriental—. Ignoramos la naturaleza del SOS.

—Si se trata de un explorador privado que no ha notificado su existencia a los registros oficiales de la Confederación, se le impondrá una sanción grave, lo mismo si es particular que si pertenece a alguna compañía de prospección de minerales —puntualizó Emerson.

—Bien; bien espero que no se trate de ninguna broma después de todo, va a ser una de mis naves la que tome suelo en Titán.

—Usted tomará contacto, mayor Xacman, pero procure no ser impulsivo ni brusco. Recuerde que el embajador volante soy yo y no sabemos quién nos aguarda en Titán.

—¿Y por qué no se lo preguntan? Al punto de navegación en que nos hallamos será fácil establecer contacto por lo menos con radio, si es que no poseen emisores de láser, infrarrojos o televideofonos.

—La señal es automática, Xacman, no hay preguntas ni respuestas.

—¿Automática? —Esbozó un gesto de incredulidad—. Pues haber empezado por ahí. Después de todo, ya no hay secretos aquí. A lo peor es una nave-chatarra que ha picado sobre la superficie de Titán y una batería se ha puesto en contacto con el repetidor de SOS galáctico de forma automática.

—De todos modos, hay que viajar a Titán y comprobarlo —puntualizó el embajador Showang.

—Bien —dijo el comandante Emerson—. Todos los sensores están listos para detectar cualquier objeto no identificado, pero propongo la situación de alerta a menos de doscientos minutos del objetivo y de alarma a menos de cien minutos. —Miró los tres rostros

que tenía delante e inquirió—. ¿Alguna objeción?

El embajador Showang asintió:

—Me parece una decisión acertada.

Por su parte, la capitán Galatea aprobó y añadió:

—Todo el personal, a excepción de las bajas en enfermería, que según mis datos sólo son dos, estará en sus puestos. Se cerrarán los circuitos de TTV de distracción y también el club.

—¿Bien, y usted, Xacman?

—Lo tendremos todo listo. Mis muchachos de combate estarán dispuestos, pero cuando orbitemos Titán, sólo bajaré yo para ver lo que ocurre.

—Correcto, mayor Xacman. Mantenga los circuitos de TTV y sensores abiertos para que en la X-Nidal-20 podamos en todo momento ver lo que ocurre. Si es preciso descenderán varias naves en su ayuda.

—Sí, ya sé que mis muchachos velarán por mi pellejo. Si me pierden a mí, ¿quién les va a llamar granujas y a tratar como amigos? Entrarían de lleno en el sistema de fichas y se convertirían en robots sin personalidad

—¿Objeta algo contra el sistema social y de mando? —preguntó la capitán Galatea alzando su mentón con suficiencia, preparada para replicar con dureza ante lo que preveía una respuesta facilona y conocida; mas se equivocó.

—Usted es perfecta, ya lo creo que sí, y el comandante Emerson también. Si se casan, yo me complaceré en ser el padrino del robotito que nazca.

Con una sonrisa que hizo que la capitán Galatea le odiara a muerte, se echó hacia atrás y el comandante Emerson, en el fondo complacido por lo que creía la liberación de un posible rival, observó:

—Mayor Xacman, estimo que su comportamiento no es el adecuado. Deje a un lado sus personalismos y chiquilladas y...

—Oiga, comandante Emerson, usted no es el que manda aquí.

Esto es una comandancia democrática en vuelo y es un buen sistema después de haberse comprobado en varias ocasiones que los comandantes personalistas corrían el riesgo de psicotizarse y por tanto de poner en peligro a toda su tripulación.

—Está desenfocando el tema, Xacman —objetó el oriental Showang.

—De acuerdo. —Se levantó— ¿Algo más que notificarme? Luego, los errores podrían ser peores. No olvide que quienes tienen que jugarse la piel y llevar todo el armamento a cuestas son los astronautas de combate. —Se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir se volvió para decir—. Galatea, por mí puede cortar los circuitos de diversión. Mis amigos y yo tenemos timba.

Cuando la puerta se hubo cerrado electrónicamente, la capitán Galatea opinó:

—Es inaudito el comportamiento arrogante, sarcástico y casi anárquico del mayor Xacman.

—Yo le comprendo —opinó el embajador Showang.

—¿Quiere decir que se le puede comprender, acaso tolerar? —preguntó el comandante Emerson con cierta perplejidad.

—Si no fuera porque está probado su arrojo en combate y porque su cuadrilla de astronautas de combate es la mejor de la Confederación según dicen —objetó Galatea removiéndose molesta.

—Todo está muy reglamentado, muy controlado, somos fichas, números, y el mayor Xacman para reafirmar su personalidad y la de sus muchachos, a su manera se rebela para no ser convertido en esas especies de robots a los que él alude.

—¿Piensa que somos robots? ¡Somos tan humanos como pueda serlo él!

—Lo sé, capitán Galatea, pero Xacman es de los que necesitan más libertad. Algunos nos conformamos con un despacho electrónico y miramos el mundo a través de la pantalla que tenemos delante y en la que podemos hacer aparecer millares de cosas fantásticas; pero

Xacman es distinto: él necesita volar, sentirse libre en el espacio. Es como un cóndor planeando entre los picachos nevados de los Andes terrestres.

—Muy hermoso —aprobó la capitán Galatea—, pero los individualismos arrogantes no son buenos para formar equipo y las largas misiones interplanetarias son labor de equipo.

—No olvide, capitán Galatea, que él también tiene su equipo y se lleva a las mil maravillas con sus muchachos; sin embargo, de todos es sabido que entre esos bravos astronautas de combate no se emplean en exceso las ordenanzas.

—Lo sabemos y eso provoca conflictos en otras áreas de la nave nodriza porque todos quieren hacer lo mismo y no puede ser. La disciplina se relajaría y sería el caos, el desorden, la anarquía. La fiabilidad bajaría hasta la autodestrucción.

—Es cierto —admitió el embajador Showang—, pero es curiosa constatar que esos bravos astronautas que no cuidan su uniforme y mucho menos su lenguajes a la hora de la verdad no fallan.

—¿Defiende su postura? —preguntó Galatea. Antes de obtener una respuesta añadió—: El mayor Xacman podría tener una jerarquía superior a la de comandante de escuadrilla de astronaves de combate de no llevar ese comportamiento y permitirlo además a sus propios subordinados, lo que le ha costado más de un expediente disciplinario.

—¿No se ha preguntado, capitán Galatea, si el mayor Xacman se encuentra a gusto con su jerarquía, con sus muchachos, y le importa muy poco llegar al generalato que le llevaría a un centro de control de datos y órdenes a distancia?

—¿Quiere decir que alguien puede renunciar a conseguir el generalato?

—Quizá su ambición no sea la de adquirir poder de mando sino vivir a su manera y en libertad, por lo menos en la libertad que puede conseguir con su rebeldía.

—Creo que estamos haciendo una bola de nieve sobre el

comportamiento del mayor Xacman. Si hubiera algún problema serio se daría un reporte a la superior autoridad y de inmediato vendría la orden de relevarle del mando.

—Estoy de acuerdo, comandante Emerson. Ahora, tengo que repasar unos informes. Espero que ese SOS sea una simple alarma automática de chatarra sideral, como dice el mayor Xacman.

Showang se alejó. Galatea frunció los labios, estaba de mal humor. Tenía la sensación de haberse extralimitado en sus opiniones y por ello dijo a Emerson que estaba en la mesa junto a ella:

—Es que el comportamiento del mayor Xacman me provoca. Sus actitudes me parecen algo primitivas, impropias de la civilización tecnológica y sideral que vivimos; no obstante, creo que le esto dando demasiada importancia.

—Es posible que todos estemos un poco nerviosos. Cuando se rebasan los cinturones magnéticos de Júpiter y sus satélites somos afectados por lo que se ha dado en llamar el síndrome del aislamiento cósmico.

—Haré una sesión del milenario Yoga para relajarme. Creo que me hará falta repetirlas durante algunas jornadas.

Al comandante Emerson le hubiera gustado hablar un poco más con la bellísima y casi siempre segura de sí capitán Galatea, pero ésta abandonó la sala de comandancia dejándole solo. Galatea se dirigió a la enfermería por la simple razón de que para llegar a la misma debía pasar por delante de la sala donde se reunían Xacman y sus muchachos, como eran conocidos por el resto de la tripulación de la gran nave nodriza. Habían dejado la puerta entreabierta y al llegar junto a ella, se detuvo. Oyó algunas risas y palabras fuertes. Respiró hondo y sus magníficos pechos se alzaron. Entonces se dio cuenta de que le gustaba espiar a Xacman y antes de que éste pudiera darse cuenta, reanudó su caminar en dirección a la enfermería. Mientras, en la salita continuaban saltando los dados en el primitivo juego de un par de cubos de marfil con sus seis caras punteadas. Parpadearon las

luces ámbar. Había llegado el momento de poner en funcionamiento el sistema de alerta. Las astronaves de combate fueron comprobadas en su armamento, motor y energía y sus pilotos revisaron sus respectivas indumentarias. En toda la nave X-Nidal-20 comenzó una febril agitación para dejarlo todo a punto por si había una rápida emergencia. Los sistemas contra incendios de a bordo se sensibilizaron, quedando listos para actuar al menor amago de incendio. Todos los cuadros de sensores funcionaban a la máxima potencia y para cada puesto había tripulación de repuesto. Se cerró la coraza que protegía los superduros cristales de steelglass a través de los cuales se divisaba el espacio sideral las miríadas de estrellas y los planetas en su monótono y eterno curso alrededor de la estrella bajo cuyo poder se sentían atrapados. Las defensas ultrasónicas de a bordo quedaron listas para disparar contra cualquier enemigo que apareciese, lo mismo que los ultraláser gamma. También estaban dispuestos los cañones para disparar placas metálicas casi en polvo, que a una cierta distancia se esparcían por el espacio como un fuego de artificio y contra las cuales cualquier disparo láser se estrellaba, desparramándose su potencia al reverberar contra las placas metálicas. Todo estaba preparado mientras la gran X-Nidal-20 se aproximaba más y más a su objetivo. El comandante Emerson hizo entrar en funcionamiento los retrocohetes y la nave nodriza disminuyó su velocidad. Habían dejado ya atrás los satélites de Saturno, Febe y Japeto. Este satélite natural de Saturno estaba en su máxima reverberación, pero sólo podían verlo a través de las pantallas, pues las corazas de protección estaban colocadas. Esas eran las medidas de seguridad que especificaba el reglamento. Cuando cruzaban la órbita de Hiperión, el séptimo de los satélites del enorme y misterioso Saturno, entró en funcionamiento la alarma general y todos los pilotos astronautas de combate penetraron en sus respectivas naves Se cerraron las compuertas de presurización. Todos tenían colocados los trajes de supervivencia y los sistemas de cada nave comenzaban a

operar por sí mismos. Uno por uno fueron pulsados los botones correspondientes que indicaban que se hallaban listos. Xacman receptaba cada uno de los avisos de sus hombres y cuando tuvo el panel completo, llamó a la cabina de mando de la nave nodriza.

—Comandante Emerson, le habla Xacman.

—Comandante Xacman, le escucho.

Ambos comandantes se pudieron ver los rostros en las respectivas pantallas de telecomunicación.

—Todo a punto. El pajarraco puede abrir sus alas.

—De acuerdo. Suerte.

—Gracias, comandante Emerson. Cuando orbitemos Titán manténgase en la elíptica yo llevaré el mando de mis hombres.

—¿Despegarán todos?

—Sí. Quiero ver cómo funciona todo el sistema, es un buen momento para hacer pruebas y si hay alguien abajo esperando, va a ser una demostración de nuestro potencial; pero no tema, no vamos a dejar la nave nodriza desguarnecida. Seis regresarán enseguida, otros seis orbitarán Titán por diferentes meridianos y tomarán en video todo lo que pueda haber en la superficie del satélite; después regresarán a la X-Nidal-20.

—¿Y las ocho naves de combate restantes?

—Navegarán en torno a Titán en misión de vigilancia mientras va desciendo al objetivo.

—De acuerdo. Vamos a desplegar las alas de lanzamiento.

El comandante Emerson, rodeado de controles y personal de alta competencia, puso en marcha el sistema de despliegue. Todas las luces rojas parpadeaban en la gran nave nodriza. Se hallaban bajo alarma general, todos tenían que estar en sus puestos. Majestuosamente comenzaron a desplegarse las dos grandes alas de la X-Nidal-20. De un cilindro alargado se estaba transformando en lo que podía parecerse a un primitivo avión a reacción terrícola. Las alas eran gruesas y por su canto frontal aparecían unas compuertas que se

fueron abriendo automáticamente. Allí ya podían verse los morros de las astronaves de combate, listas para lanzarse al espacio en busca de un posible enemigo. Al fin, la gran nave cósmica en que se había constituido la X-Nidal-20 quedó con las alas totalmente desplegadas, desplazándose casi en tangente al misterioso Saturno. Su anillo de miríadas de meteoritos era visible, también los espacios vacíos del anillo por donde debía atravesarse si se deseaba llegar hasta el mismísimo Saturno. Al otro lado del gran anillo de meteoritos estaban los satélites naturales Tetis, Encélado y Mimas como separados de los otros satélites por el anillo que siempre había llamado la atención a los astrólogos y astrónomos terrícolas. Al fin, en la pantalla de Xacman apareció la circunferencia anaranjada, mucho más fuerte de color que el propio Saturno. Le brillaron los ojos y movió con sus dedos el intercomunicador, que le unía con sus pilotos de combate.

—Muchachos, ya tenemos a Titán. Fijaos bien en pronto lo vamos a volar un poquito. Escuchad bien, os voy a dar las últimas órdenes...

Todos atendieron a las instrucciones del comandante Xacman, cuando la gran nave nodriza entraba en la órbita elíptica de Titán Xacman la marcó en la memoria del cerebro electrónico de su nave y la transmitió a las demás. Luego dijo:

—Cinco segundos, cuatro, tres, dos, uno, cero... ¡Fuego!

Los veinte motores nucleares en marcha hicieron trepidar a la mismísima nave nodriza. El mayor Emerson era contrario a que todas las astronaves de combate abandonaran sus hangares al mismo tiempo, ya que ello ocasionaba una fuerte sacudida a la gran naves. Prefería que fueran despegando de una en una o de dos en dos como máximo, pero Xacman le hacía la jugada de salir las veinte naves al unísono La nave trepidó de tal forma que los que no estaban bien sujetos perdieron la estabilidad y cayeron al suelo Emerson apretó las mandíbulas con fuerza, conteniendo una exclamación de cólera. Las veinte naves despegaron a la vez, alejándose por delante de la proa

de la X-Nidal-20, dejando atrás sus estelas iridiscentes. Era un espectáculo bárbaro y a la vez hermoso y emocionante. Y así se lo pareció a la capitán Galatea que a través de su pantalla privada contemplaba el despegue de los astronautas de combate. Una luz morada parpadeó junto a su pantalla. Pulsó una tecla y se borraron las imágenes de las veinte astronaves de combate perdiéndose en el espacio, lamiendo el astro Titán. Apareció en su lugar el rostro del comandante Emerson que preguntó:

—Galatea, ¿se encuentra bien?

—¿Bien? Ah, sí, sí.

—Lo digo por la sacudida que han provocado Xacman y sus hombres al despegar todos al unísono. Saben que eso es peligroso y se empeñan en dar espectáculos gratuitos qué ponen en peligro la vida de toda la tripulación.

—¿Lo va a reportar a la superioridad?

—Creo que es mi deber.

—Se comportan como unos muchachos jugando —observó Galatea.

—Si, lo malo es que Xacman no es ningún muchacho, es un mayor comandante de la escuadrilla de astronautas de combate.

—Sí, pero nunca ha fallado en sus misiones, es su palmarés y contra eso nada se puede hacer. ¿Ha habido alguna avería?

—No lo sé, estoy esperando las comunicaciones de los servicios de mantenimiento. Una sacudida de tal calibre puede agrietar las paredes del fuselaje de la nave nodriza. —Emerson comprendió que Galatea no le seguía ahora en sus protestas y en el fondo comprendió que la forma de actuar de Xacman resultaba mucho más espectacular que la suya. Él en todo estaba más reglamentado, más controlado, su labor no dejaba opción al lucimiento personal; en cambio, Xacman y sus nombres, con sus pequeñas astronaves, rozaban ya la débil atmósfera de Titán con mezcla de gases nocivos para la respiración humana y estaban haciendo una verdadera sesión de acrobacia

sideral.

CAPÍTULO II

El mayor Xacman había observado el movimiento de sus hombres y pasó comunicación con el capitán Velázquez, su segundo en la escuadrilla.

—Velázquez, toma el mando por lo que pueda pasar.

—Orden recibida, Xacman — aceptó Velázquez.

Xacman se disponía a entrar en la atmósfera de Titán, el hermoso satélite anaranjado preso en una órbita de Saturno a un millón doscientos mil kilómetros del mismo. Titán no era precisamente un satélite pequeño, poseía cuatro mil doscientos kilómetros de diámetro y por tanto era mucho mayor que la Luna terrícola. Titán era un astro de gran interés para explorar, pero que, por el momento, sólo había sido observado someramente, y a que la Confederación limitaba todas sus acciones hasta Júpiter y sus satélites; no obstante, si una emergencia lo requería, enviaba una nave bien armada en previsión de cualquier conflicto bélico sideral lejos de Júpiter. Xacman podía observar al mismo tiempo la superficie del astro Titán por su derecha y a su izquierda el gran Saturno con su anillo de miríadas de meteoritos. Era un espectáculo fascinante en tonalidades anaranjadas sobre el fondo negro del cosmos donde brillaban puntos de estrellas.

—Atención, atención, comandante Emerson llamando a comandante Xacman.

—Xacman a la escucha.

Se encendieron las pantallas respectivas y pudieron verse.

—Xacman, hemos localizado una nave no identificada.

—¿Detenida o en vuelo?

—Detenida; ahora le pasaremos las coordenadas.

—¿No se ve a nadie?

—No.

—¿Ha enviado una llamada?

—Sí, en nuestro idioma, en el compuesto galáctico y en guarismos.

—¿Y nada?

—Nada.

—Entonces es cosa mía. Páseme la imagen de esa nave.

—Ahora mismo. Vaya con cuidado, puede tener una sorpresa.

—No tenga miedo, le daré unas pasadas y pondré el armamento con activador a distancia.

—Eso puede ser un suicidio, Xacman —le advirtió algo molesto el comandante Emerson.

—No tema, si no vuelvo no necesita enviarle un pésame a nadie; no tengo familia.

—Xacman, recuerde que si hay seres vivos e inteligentes tiene que notificarlo de inmediato a la nave nodriza. El contacto con seres extraños es cosa del embajador Showang.

—Procuraré no olvidarme.

Xacman penetró en la atmósfera de Titán y comenzó a acercarse a su superficie. Varias de las astronaves de combate habían regresado ya a la nave nodriza y las otras se mantenían vigilantes orbitando el satélite y dispuestas a descender en ayuda de su comandante si la situación lo requerías La nave extraña no tenía letras guarismos ni jeroglíficos de señalización. Era de un fuselaje muy brillante y su forma, como media circunferencia con una larga cola cilíndrica. Vista a lo lejos podía parecerse a una pala de sacar tierra con punta redondeada. No se veía deteriorada y permanecía quieta en un área llana entre Unos montículos rocosos de considerable altura muy escarpados y agudos. La zona era árida. Xacman dio una vuelta completa al astro antes de utilizar los retrocohetes para frenarse y

posarse suavemente, encarado con la otra nave.

—Bueno, ya estamos frente a frente —se dijo observando la extraña nave a través del cristal mirador de su astronave de combate— Por lo menos no hemos venido porque sí, hay algo, una nave. Veamos de qué se trata.

Colocó sus cañones de láser y ultrasonido apuntando a la nave incógnita y tomó el control de disparo a distancia adosándolo a su cinturón. Pulsó los resortes de los cañones para que éstos comenzaran a disparar automáticamente en caso necesario.

—Atención, atención, quienquiera que sea. Me estoy comunicando con vosotros por varias ondas simultáneas, de modo que por una u otra banda podré llegar hasta vosotros. Si me estáis escuchando, os diré que soy terrícola humano, del Planeta Tercero de este Sistema Solar en el que os halláis. Mis palabras os están siendo traducidas al unísono en varias lenguas y a la cómputo guarísmica. Vengo en son de paz, repito, en son de paz. Acudimos a vuestro SOS galáctico, por lo que hemos deducido que podéis comprender nuestro sistema de lenguaje. Deseo respuesta, lo mismo yo que mis compañeros que mantienen la vigilancia en el espacio.

Cortó el funcionamiento de su micrófono y aguardó, mas un silencio exasperante fue lo único que obtuvo como respuesta. Dejó pasar unos minutos y se puso en comunicación con la nave nodriza.

—¡Xacman llama a comandante Emerson!

—Comandante Emerson a la escucha, comandante Xacman.

—No hay respuesta. La nave está quieta, es como si estuviera abandonada sin vida. De cerca no se le aprecia ningún deterioro.

—Será mejor que desciendan un par de naves más para apoyarle en su investigación.

—No es necesario. Que sigan arriba vigilando, yo llevo el control remoto dé mi propio armamento, de modo que si recibo una sorpresa, ellos se van a desintegrar conmigo, sean quienes fueren.

—Es una temeridad efectuar la aproximación en solitario. Para

esta misión debió enviarse una nave «Pioneer» con varios investigadores a bordo.

—Eso no puede ser, comandante Emerson. Estamos fuera del campo de investigaciones rutinarias, nos hallamos en zona de problemas y por lo tanto somos los astronautas de combate los que actuamos. Nuestras naves son demasiado pequeñas para llenarlas de mirones, corto.

Había cerrado la luminosidad de su pantalla y se dispuso a abandonar su nave. Tenía los datos que precisaba del astro Titán. Su gravedad era inferior a la terrestre pero superior a la lunar. No tendría problemas. La atmósfera era irrespirable, metano y amoníacos. Por anteriores investigaciones se suponía que Titán había poseído vida biológica aunque no habían llegado a crearse seres superiores, a lo sumo insectos y reptiles, seres que habían sobrevivido hasta el momento de su excitación con mínimas cantidades de agua. Tenía que salir con el traje de supervivencia. La temperatura estaba por debajo de los cien grados Celsius bajo cero. Una gota de agua habría resultado allí como una bola de cristal; sin embargo, nada daba la impresión del frío tan intenso que reinaba fuera. La luz tampoco era grande. El color anaranjado se lo daba la atmósfera que poseía y que los rayos del lejano Sol traspasaban con bastante facilidad. Miró su fusil de gran potencia y optó por no tomarlo. Si descendía hacia la otra nave con el fusil por delante, mal se iban a creer que llegaba en son de paz y ofreciendo ayuda.

—Será suficiente con la pistola y el control remoto de los cañones de la nave— se dijo. Listo ya y con el yelmo espacial bien sujeto, se situó en la cámara de descompresión en la que cabía justo un solo hombre y que aislaba del resto de la nave. Después, abrió la puerta y se enfrentó personalmente con el satélite Titán. Descendió por la escalerilla que se había desplegado automáticamente hasta tocar el suelo de Titán, un suelo bastante duro en aquel lugar donde se había posado su astronave de combate. La extraña nave, detenida

y silenciosa, como carente de vida, era de proporciones muchísimo más grandes que la astronave de Xacman, y éste ignoraba si aquella otra nave iba armada también, si disponía de armamento de qué calidad y potencia era. En aquellos instantes, su vida valía muy poco, él lo sabía y no le importaba. Avanzó caminando hacia la nave de procedencia desconocida. Cuando arribara a su puerta, tendría que utilizar la pistola graduándola como soplete para abrirla si se resistía. Mantenía su transmisor-receptor portátil abierto por si alguien, en el último instante, trataba de comunicarse con él, mas proseguía idéntico silencio.

Si desde aquella nave le atacaban, reduciéndole a cenizas, recibirían su castigo de inmediato, pero a él ya no iba a salvarlo nadie. Justo donde terminaba la parte circular y proa de la nave y donde comenzaba el cilindro o cola que tendría unos cinco metros de diámetro. Xacman halló lo que debía ser la puerta.

—Ahora veremos si esta lata de sardinas se puede abrir. Diablos, queda un poco alta la puerta. Tendré que ir a buscar una escalera o algo que me sirva— gruñó para sí. De súbito, la nave alienígena comenzó a dar señales de vida. Un ligero silbido, unos chasquidos, como si se disparasen unos resortes. Xacman pudo oírlo todo perfectamente. Se quedó mirando la puerta para ver qué sorpresa le deparaba y vio abrirse bajo ella una estrecha y larga compuerta. Comenzó a aparecer una escalerilla, que se extendió en oblicuo hasta llegar al suelo.

—Magnífico. O es todo muy automático o me están esperando pese a que no han querido decir «esta voz es mía».

Sabiendo el riesgo que corría, pues la cosa más insólita podía aparecer, comenzó a trepar despacio por la escalerilla. Mantenía una mano cerca del pequeño aparato adosado a su cinturón y que era el disparo a control remoto del armamento de la nave; la otra mano quedaba próxima a la pistola bivalente de ultrasonido y láser, a escoger mediante el simple movimiento de un resorte.

Al llegar frente a la puerta de la extraña nave, ésta se abrió despacio, casi majestuosamente sin él tuviera que hacer nada, ni siquiera pulsar un llamador. Era evidente que desde dentro le estaban controlando, aunque el control fuera sólo una célula sensible activada por la simple presencia de un ser humano; pero ¿serían humanos los que podían aguardarle? ¿Sería una ratonera? ¿Qué iba a encontrar? Aquel era uno de los momentos más difíciles y arriesgados conque podía encontrarse un astronauta. En el interior había una luz amarilloverdosa. Xacman penetró en la nave y la puerta se cerró. El astronauta terrícola la miró con recelo y observó que existía otra puerta aparentemente cerrada. Escuchó un ruido que identificó de inmediato como entrada de aire después de cerrarse la puerta, por lo que supuso que se estaba presurizando la cámara cerrada en que se hallaba. Ello indicaba que la atmósfera exterior de metano y amoníaco que envolvía el astro Titán, satélite natural de Saturno y el mayor de los nueve satélites que poseía el planeta, les era hostil. La presión se niveló y Xacman observó entonces su reloj de pulsera con cristales líquidos y que lo mismo podía marcar la hora, la temperatura, la presión atmosférica o la humedad.

—Setecientos cinco milímetros, perfecto. O la nave pertenece a terrícolas o es alguien que posee el mismo tipo de atmósfera.

Esperaba que se abriera la otra puerta que permanecía cerrada. No podía ni siquiera adivinar nada respecto a lo que iba a encontrar. Aparentemente, aquella nave carecía de ventanas, aunque dedujo que debía poseer sensores. La puerta que comunicaba con el interior de la nave se abrió y cuando esperaba ver a algún ser esperándole no descubrió a nadie. Experimento una ligera decepción.

—¿Será una nave en la que todo funciona automáticamente? Si tiene una pila nuclear puede pasarse siglos funcionando con regularidad.

Decidió avanzar por el amplio corredor hacia la izquierda, donde debían hallarse los habitáculos y puesto de mando y control de la

nave, pues hacia la derecha debían estar los sistemas motrices. Se encontró con otra puerta cerrada que ante su presencia también se abrió automáticamente, apareciendo ante él una amplia sala semicircular. Había poca luz, pero fue aumentando gradualmente.

Xacman no se había desprovisto de su traje de supervivencia pese a que estaba seguro de que la presión temperatura y proporción de oxígeno y nitrógeno eran las adecuadas para su sistema vital.

—¡Diablos!

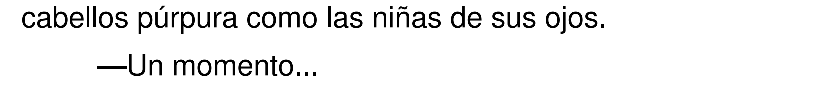
No pudo exclamar nada más suave a la vista de los tripulantes de la enigmática nave. Estaban allí, sentadas en siete butacas anatómicas. Eran siete mujeres, siete desconocidas y bellísimas hembras de ignorada procedencias. Aquellas mujeres eran de una belleza deslumbrante. Altas, esbeltas, de una perfección de líneas inigualables. Los cabellos de cada una de ellas eran de distintos colores que iban del rubio oro al verde, pasando por el rojo.

Sus labios más bien gruesos tenían un color de fucsia fosforescente, lo mismo que las areolas de sus pechos grandes, plenos de vida. Los ojos, inmensos, eran algo rasgados y las pupilas de un color púrpura brillante. Toda la belleza de las siete alienígenas saltaba a la vista y no es que fueran desnudas, porque Xacman comprendió que iban vestidas hasta el cuello con trajes que se cerraban en muñecas y sobre las botas, pero aquellos trajes eran de una transparencia total.

Xacman estaba atónito. No es que le sorprendiera la desnudez de una bella fémina, se le habían conocido muchos amoríos pero encontrarse frente a siete, en total soledad y en un astro en el que él era el único terrícola y por añadidura macho, resultaba un poco sorpresivo, máxime cuando ellas eran sin duda algunos seres venidos de otros mundos.

—Terrícola, puedes quitarte el yelmo. La atmósfera es aquí respirable para ti.

Le había hablado la que estaba en el centro, la que tenía los


cabellos púrpura como las niñas de sus ojos.

—Un momento...

—¿Qué ocurre, terrícola? —preguntó de nuevo la que parecía mandar sobre las otras seis.

—¿Quiénes sois?

—Soy la princesa Kalina. Venimos de un lejano planeta que no pertenece a vuestro Sistema Solar y que se llama Vonel, pero que traducido a vuestra lengua podría llamarse Planeta Azul.

—¿Planeta Azul? Eso me recuerda que mi planeta también es azul.

—Lo sabemos. Las condiciones atmosféricas de vuestro planeta y el nuestro son similares, por eso respiramos el mismo aire y nuestros cuerpos soportan presiones semejantes.

—De modo, la princesa Kalina, ¿y las demás?

—Son mis súbditas más leales.

—¿Y por qué no habéis respondido a las llamadas que os hemos hecho constantemente?

—Nuestro receptor está averiado, nos atacaron.

—¿Quién?

—Los seres de Gowm.

—¿De Gowm, has dicho?

—Sí, invadieron nuestro planeta de forma sorpresiva y mataron a la reina. Al morir ella, tenía que reinar yo pero la princesa Henoina, mi hermana, se vendió a los invasores, que la nombraron reina para poder manipularla y así convertir en esclavas a todas las demás súbditas de Vonel. Mi vida corrió peligro y tuve que huir con mis leales, pero en la fuga fuimos atacadas y sufrimos averías, por ello tuvimos que descender sobre este planeta. La energía se nos está agotando y por ello pusimos en marcha la llamada de SOS galáctico.

—De modo que habéis sido invadidas por los humanoides de Gowm; sin embargo, hay más interrogantes en el aire.

—Puedes preguntar, terrícola —le dijo Kalina.

—¿Cómo es que habláis el idioma de los terrícolas y además conocíais la clave del SOS galáctico?

—Hace mucho tiempo que nuestras naves han viajado en exploración por vuestro Sistema Solar. Descubrieron vuestra existencia y grabaron vuestro código de lenguaje que posteriormente fue estudiado por si llegara el día que tuviéramos que relacionarnos con vosotros.

—Pues parece que habéis aprendido muy bien nuestro código de lenguaje.

—Tenemos facilidad para las lenguas extrañas —le respondió Kalina.

—Las mujeres siempre habéis tenido facilidad para los idiomas; sin embargo, hay algo que no acabo de comprender.

—¿El qué, terrícola?

—Llamadme Xacman —Después prosiguió—: ¿Y vuestros hombres? Habláis como si fuerais un pueblo compuesto exclusivamente por mujeres.

—¿Te refieres a los machos reproductores?

—¿Así los llamáis?

—Los machos en el planeta Vonel son seres pequeños y débiles. Nacen muy pocos y entre ellos se hace una selección para luego puedan servir para la reproducción. En realidad son seres inferiores que no participan en el gobierno, la milicia ni en el mundo del trabajo a ningún nivel.

—De modo que sois un pueblo de amazonas donde los hombres son seres canijos...

—Sí, pero sabemos que machos terrícolas sois fuertes, inteligentes y luchadores.

—Pues, gracias por la parte que me toca.

Se quitó el yelmo y las siete espléndidas hembras del planeta Vonel clavaron sus ojos de púrpura brillante en la cabeza alta, noble y viril del terrícola, cubierta de abundante cabello rubio grisáceo.

El hombre tuvo la sensación de que les gustaba lo que veían.

—El fuselaje de vuestra nave no aparece tener deterioros.

—Pues fuimos tocadas por ultrasónicos. El fuselaje aguantó, pero algunos sistemas internos quedaron averiados y estábamos en una huida desesperada. En realidad, viajábamos hacia vuestro planeta.

—¿Para qué?

Kalina respondió:

—Para pedir ayuda.

—Eso es un poco problemático. Nosotros no salimos de nuestro Sistema Solar —hizo una pausa, pensativo— no obstante...

—¿No obstante, qué? —apremió la princesa Kalina.

—Deberéis hablar con nuestro embajador volante, es un hombre muy comprensivo.

—Pues hablaremos con él y en nombre de nuestro planeta Vonel solicitaremos ayuda a los terrícolas.

—¿Y por qué suponéis que los terrícolas vamos a ayudaros a libraros de la invasión de los Gowm?

—Porque sabemos que después intentarán la invasión del planeta Tierra. Ellos van a la conquista de todos los planetas azules que hay en el cosmos.

—Con nosotros no pueden, ya los rechazamos en una ocasión.

—Se están preparando mejor. Poseen un arma secreta muy avanzada con la que vencerán a los terrícolas.

—¿Un arma secreta, cuál?

—Es secreta, terrícola, pero algo oí antes de escapar de Vonel.

—¿Qué fue?

—Efectuar la invasión viajando en descomposición.

—¿Cómo fluido de fotones?

—No, creo que se habló de mesones.

—¿Mesones? Eso es imposible.

—Imposible para vosotros los terrícolas que no habéis llegado a

un avance tan grandes. El fluido de mesones puede viajar en línea recta a velocidades superiores a la de la luz y sin hallar obstáculos, pues atraviesa los planetas que pueda encontrar en el camino como si fueran agua. No hay nada que los detenga y cuando llegan a su objetivo, se efectúa la reconversión y aparecen las naves de Gowm ya dentro de su objetivo.

—Eso sí es interesante. Tendré que avisar a los míos que se hallan orbitando a Titán.

—Vuestra salvación está en atacar Vonel, mi planeta, y al tiempo que se libera a mis súbditas podréis destruir a los humanoides de Gowm. Aniquilaréis su vanguardia invasora y las instalaciones en las que están llevando a cabo el sistema de traslación mesónica contra la cual los terrícolas nada podréis. Cuando os dierais cuenta, ya estarían en vuestro planeta tras haber rebasado vuestras líneas de defensa y vigilancia.

—Todo lo que me decís es muy importante. ¿Cómo fue invadido vuestro planeta?

—Fue fácil, nosotras no hemos evolucionado en armamento. Nuestro pueblo ha vivido siempre en la tranquilidad, sin guerras importantes; nos han cogido por sorpresa.

—Sin embargo, habéis conseguido una nave como ésta.

—La tecnología para construirlas sí la hemos alcanzado. Precisamente, nuestras eran las que estaban investigando en los mesones para utilizarlos en viajes a través del espacio. Se trataba de conseguir la descomposición de la materia orgánica e inorgánica en mesones y éstos, lanzados al espacio en línea recta hacia su objetivo. Una vez llegado a él, se reconvierten en la materia orgánica o inorgánica original mediante un código semejante al código genético que lleva una minúscula semilla. Es un sistema muy avanzado y difícil y los humanoides de Gowm, al enterarse de su existencia, se lo han apropiado y están propulsándolo a marchas forzadas. Ellos consideran a los terrícolas como unos enemigos difíciles a los que hay

que vencer y esclavizar.

—Estudiaremos todo este asunto. Nuestros hombres de mantenimiento bajarán a vuestra nave para ver de resolver las averías.

—Nosotras no hemos podido solventarlas, no disponemos de repuestos suficientes.

—La nave en que hemos llegado aquí sí lleva repuestos y maquinaria para fabricarlos. Tendréis una entrevista con mis compañeros de comandancia.

—¿No eres tú el jefe de los terrícolas?

—En esta misión, la comandancia la formamos cuatro, pero ya se os comunicará lo que sea en su momento o mejor, una de vosotras que se venga conmigo a la nave y que las otras esperen.

—Iré yo misma —dijo Kalina.

Xacman carraspeó mirándola.

—¿Iras con ese mismo traje?

—Es nuestra vestimenta habitual. ¿Tiene algo de malo?

—Bueno, es un poco transparente y los hombres terrícolas, ante la belleza de las mujeres, pues...

—No tenemos otro traje que el espacial, el que vosotros llamáis de supervivencia.

—¿Y es tan transparente?

—No.

—Entonces, ése ocasionará menos problemas.

—Voy a vestirme. Mis súbditas me esperarán aquí.

—Les dejaré un teletransmisor con el que se podrán poner en contacto con nosotros.

—Gracias, terrícola. Lo cierto es que nuestros machos no se parecen a vosotros en absoluto.

—En ese caso, princesa Kalina, podemos marchar. ¿Corren algún peligro tus súbditas? Aunque, mejor sería decir tus compañeras...

—Os estamos pidiendo ayuda, una ayuda que os servirá a vosotros para evitar ser invadidos por los humanoides de Gowm, pero eso no quiere decir que nos dejemos controlar por vosotros ni manipular por vuestros sistemas. Ellas son mis súbditas y continuarán siéndolo.

—De acuerdo, de acuerdo, respeto la política de cada civilización mientras no se haga correr la sangre.

—Voy a colocarme el traje de supervivencia y marcharé contigo a vuestra nave para hablar con tus superiores.

—En la nave no tengo superiores.

—¿Entonces, eres tú el jefe?

—No exactamente. Tenemos democracia, el poder esta repartido para evitar excesos de posibles déspotas.

Xacman tenía que controlarse para mantener sus ojos fijos en los rostros de aquellas bellezas venidas del ignorado planeta azul de Vonel, pues el resto del cuerpo aparecía extraordinariamente atractivo y tentador bajo sus trajes transparentes como el cristal. Por lo visto, a ellas no les hacía ninguna mella mostrar sus encantos físicos, quizá porque a sus machos sólo los trataban cuando exactamente les convenía y habían desvinculado el placer, el goce del amor hasta sus últimas consecuencias, de la simple función de la reproducción a la que debían someterse como una mera obligación cíclica para que su especie no desapareciera.

Kalina se retiró y Xacman quedó enfrentado a las otras seis espléndidas bellezas. Eran de una perfección tal que cualquiera de ellas habría ganado un concurso de belleza en el planeta Tierra.

Torneadas piernas, redondez en las nalgas justas y apretadas, cintura estrecha, pechos altos y grandes, duros, de enhiestos mugrones coloreados y destacados. Cuello esbelto como una columna griega sosteniendo el rostro de líneas perfectas, quizá algo fríos pese a los labios carnosos y aquellos ojos púrpura que semejaban abrasar. El vello pubiano tenía idéntico color que el cabello de la cabeza que

caía hasta los hombros.

Kalina regresó vestida con su traje e espacial. Xacman ya estaba un poco molesto de ser observado con tanta atención por las seis hembras de Vonel que se habían mantenido en silencio.

—¿Te gustan nuestros trajes, terrícola?

—¿Te refieres a los transparentes?

—Sí.

—No están mal, veremos qué opina la capitán Galatea.

—La capitán Galatea, ¿quién es?

—Ya la conocerás.

—Le podemos regalar un traje así para ella y otro para ti.

—Muchas gracias, pero por el momento; pensemos en otras cosas. Ahora, vamos.

Abandonaron la nave de las mujeres de Vonel y la princesa Kalina y Xacman subieron a la astronave de combate. La mujer se acomodó en un pequeño asiento que había tras el del piloto y despegaron para regresar a la nave nodriza con la que Xacman se puso en contacto por el teletransmisor.

—Aquí Xacman, aquí Xacman. Regreso y traigo sorpresa.

CAPÍTULO III

La astronave de combate pilotada por Xacman fue la última en posarse sobre el lomo de la X-Nidal-20.

Se introdujo en el hangar, se cerraron compuertas y se presurizó la cámara de recepción. Las demás astronaves de combate habían sido colocadas de nuevo en sus lugares correspondientes, para poder despegar de la nave nodriza en el momento que se les exigiera. La alarma general seguía vigente.

Las compuertas se hallaban cerradas, pero podían abrirse en breves segundos para entrar en combate ante un posible peligro. La flota espacial terrícola se había armado y tomado las máximas precauciones tras el intento de invasión por parte de los alienígenas de Gowm a los cuales habían logrado hacer retroceder y desistir tras durísimas batallas.

Un pequeño vehículo, silencioso y que se desplazaba sobre el piso sin tocarlo, les recogió. Conducidos por una guía terrícola, llegaron a la comandancia.

Allí les aguardaban el comandante Emerson, el embajador Showang y la capitán Galatea, llenos de una curiosidad que se había contagiado al resto de tripulantes de la nave terrícola.

Todos deseaban ver a la alienígena que acababa de ser recogida en el inhóspito satélite de Saturno que era Titán.

Xacman se quitó el yelmo espacial y señalando a la bella vonelita presentó:

—Es la princesa del planeta Vonel, heredera de su reino que ahora se halla invadido y sometido por los invasores de Gowm.

Después presentó a sus compañeros de mando.

Se saludaron con una leve inclinación de cabeza. La princesa Kalina optó por quitarse el yelmo y entonces, todos, pudieron admirar su extraordinaria belleza.

La capitán Galatea sintió algo parecido a un zarpazo interno al comprobar la hermosura de aquel rostro, aquellos cabellos púrpura como las pupilas y los labios altamente sensuales. Y lo que más daño le hacía es que hubiera sido precisamente el arrogante, sarcástico y hasta cínico mayor Xacman quien la llevara a la nave nodriza.

Galatea se sabía hermosa, no sólo se trataba de mirarse al espejo, sino que lo notaba en los ojos de los demás, pero se daba cuenta de que en cuanto a belleza, en la princesa Kalina tenía una rival feroz, quizá invencible por lo exótica que resultaba a los ojos de un terrícola como Xacman, siempre ávido de nuevas emociones.

—Puede usted ponerse más cómoda, princesa —le sugirió Showang—. Aquí no le hace falta llevar el traje espacial.

Xacman carraspeó y al darse cuenta de que la princesa Kalina iba a despojarse del traje de supervivencia con toda naturalidad, dijo algo precipitadamente:

—Creo que no hará falta para esta primera entrevista que se quite el traje.

—¿Por qué no? —preguntó Galatea un poco irónica.

—Pues, porque debajo lleva su traje habitual...

—Más que más, así podremos admirar su estilo de vestir —volvió a decir Galatea.

—Precisamente, la princesa Kalina me ha ofrecido uno de sus trajes para usted, Galatea.

—Es cierto, así lo he ofrecido.

—Ah, pues muy bien, lo aceptaré con mucho gusto y me lo pondré en la primera ocasión.

—Me gustará mucho estar presente para admirarlo —dijo Xacman socarrón, esforzándose en disimular una sonrisa divertida.

—Palabra que le concedo ese honor —volvió a decir Galatea, irónica.

Era evidente que se sentía molesta y le costaba disimularlo; hubiera deseado que fuera un alienígena masculino y no femenino.

—Sentémonos en torno a la mesa, princesa Kalina, haz el favor —dijo Xacman convirtiéndose en anfitrión.

—Ante todo, debo dar las gracias por la prestación de auxilio que nos ofrecen. Enviamos un SOS galáctico y han acudido, nuestra nave está averiada.

Xacman concretó:

—Fue atacada por las naves de Gowm cuando escapaba del planeta Vonel.

—¿Y dónde se halla ese Planeta? —inquirió Showang.

—Pertenece al sistema estelar contiguo al suyo.

—Nosotros podemos llevarlas a una colonia terrícola o a la mismísima Tierra y allí se podrán entrevistar con la superioridad —propuso Galatea.

—Imposible, es cuestión de vida o muerte para mi pueblo y para ustedes también.

—¿Para nosotros? —se sorprendió el comandante Emerson.

Xacman creyó oportuno explicar:

—Las hijas de Vonel... ¿Puedo llamaros hijas de Vonel? —preguntó mirando a la princesa Kalina.

—Me parece bien.

—Entonces, sigo. Ellas estaban en un estudio muy avanzado de la traslación por el espacio en desintegración mesónica, es decir, superarían la velocidad de la luz y por si fuera poco, en su viaje en línea recta hacia el objetivo podrían atravesar cualquier planeta o meteorito que hallaran a su paso, nada les impediría el viaje. Si los humanoides de Gowm consiguen este sistema de trasladarse a través del espacio sideral nos invadirán sin podamos evitarlo. Nuestros sistemas de vanguardia para la alerta y vigilancia serían nulos.

—Xacman, ¿está sugiriendo que nos hallamos en una situación de emergencia general? —preguntó Emerson ensombreciendo su rostro.

—Por los datos que ha dado la princesa Kalina, creo que sí.

—Hay que hablar más despacio, tiene que explicar más datos —propuso el oriental Showang—. Una emergencia general es algo muy serio.

—No tenemos autorización para abandonar nuestro Sistema Solar y pasar a otro en busca de un planeta desconocido —advirtió Galatea.

—Creo, terrícolas, que estoy exponiendo algo muy grave. Mi planeta ha sido invadido por los humanoides Gowm, mis súbditas son ahora esclavas de esos invasores que se proponen asolar vuestro planeta en la próxima ocasión.

—Tenemos medios para rechazarles —puntualizó Emerson.

—No si viajan por la descomposición de mesones. No podrían detectarlos y no habría obstáculo que pudiera frenarlos. Viajarían a través del espacio convertidos en energía mesónica y al llegar justo al planeta Tierra recobrarían su sistema físico, tanto ellos como sus naves y armamento y ya estarían en medio de sus ciudades. ¿Cómo los combatirían entonces?

—Eso de desintegrarse en mesones y volverse a materializar luego es un sueño largo tiempo acariciado, pero que se ha dado siempre por invisible —advirtió el comandante Emerson.

—Para los terrícolas, quizá. Nosotras, en nuestros laboratorios, teníamos este sistema bastante avanzado; lo malo es que ahora se han apoderado de esos laboratorios y de los científicos los humanoides de Gowm, y son lo suficientemente despóticos y crueles como para obligarlas a seguir trabajando en él proyecto hasta su consumación, y cuando llegue ese instante, quienes lo emplearán serán ellos y así se harán los dueños del universo sideral, porqué en forma de mesones se puede viajar a todas partes por tiempos indefinidos y sin obstáculos que frenen la marcha.

—Mi opinión es que se notifique al gobierno de la Confederación Terrestre lo que ocurre y esperar instrucciones.

Cuando Galatea esperaba que Xacman le replicase en contra, éste aceptó diciendo:

—Me parece lo más oportuno. De este modo, unos técnicos de mantenimiento podrán descender hasta la nave de la princesa Kalina y solventar en lo que sea posible sus deterioros para que ellas puedan viajar en su propia nave.

—¿Qué opina usted, embajador Showang? —interrogó Emerson.

—Me parece acertado. Me gustaría tener una larga charla con la princesa Kalina para conocer mejor lo sucedido en su planeta y la forma en que los humanoides de Gowm las han invadido. Mientras, el

mensaje a nuestro gobierno puede ser enviado y aguardaremos la respuesta.

—Opino lo mismo —dijo el comandante Emersom, añadiendo—. Princesa Kalina, considérese huésped de honor en nuestra nave. Pondremos todos los medios, hombres y material, para tratar de subsanar las averías sufridas por su nave mientras esperamos las órdenes de nuestro gobierno, que estoy seguro serán buenas para todos, ya que hemos de defendernos de los humanoides de y de sus persistentes deseos de invasión.

—Me agradará conocer la nave de la princesa Kalina —dijo Galatea.

—Será un placer recibirla a bordo de mi nave real, porque soy la heredera del trono de Vonel.

—Hum, eso suena a importante —estimó Galatea.

Showang preguntó:

—Y los hombres de Vonel, ¿han sido hechos prisioneros?

—Fueron exterminados en su gran mayoría y no sé que habrá ocurrido con los restantes. Los humanoides de Gowm saben que lo machos de mi planeta son necesarios para la reproducción y si los exterminan a todos será el genocidio de nuestra civilización. Cuando muramos nosotras, ya no habrá quien nos suceda.

Xacman creyó oportuno aclarar.

—En el planeta Vonel parece que los machos vienen a ser una especie de zánganos en un nidal de abejas o todavía peor. Kalina asegura que son pequeños e insignificantes, seres inferiores entre los cuales se hace una selección para determinar los más aptos y éstos son utilizados para la reproducción de una forma muy fría y aséptica.

—Parece que esa circunstancia le preocupa mucho, Xacman —le observó Galatea.

—¿Y por qué no? Ellas pertenecen a un planeta que nosotros daríamos en llamar de Amazonas y no es justo, los dos sexos han de vivir a la par y no que uno sea inferior al otro.

—Por lo menos, hay un planeta que hace justicia a los demás al ser el sistema a la inversa.

—No entiendo —observó la princesa Kalina— ¿Entonces las hembras son inferiores?

—Sí —apresuró a asentir Galatea.

—Claro que no. Ella tiene aquí tanto mando como los hombres —puntualizó Xacman.

—Pero, somos tres hombres y una mujer. ¿No es eso segregación de sexo?

—En mi reino, ningún macho posee poder alguno, la verdad es que ni siquiera trabajan en nada. Son muy pequeños. Los terrícolas tienen una gran suerte de poseer machos tan espléndidos.

Galatea apretó las mandíbulas. Sabía que lo que acababa de oír era cierto, pero no le gustó. ¿Sería posible el amor, el ayuntamiento total entre una de las alienígenas de Vonel y un terrícola? Por la apariencia, parecía que sí, pero ¿habría alguna dificultad? De pronto, al escuchar la voz del propio Xacman, fue como si él hubiera leído sus pensamientos

—Si los machos de Vonel son exterminados por los invasores de Gowm, quizá los terrícolas podamos sustituirlos.

La princesa Kalina se lo quedó mirando con sus grandes ojos rasgados de pupilas púrpura y semejó sonreír.

—Quizá sería posible, pero ignoro cómo efectuáis los terrícolas el proceso de procreación.

Galatea carraspeó y el embajador Showang, diplomático, propuso:

—Será mejor que Galatea se lo explique en otro momento.

—Yo opino que, teniendo en cuenta como son los machos de Vonel y siempre guiándonos por las palabras de la princesa Kalina, lo mejor es que se le explique todo detalladamente. Nuestro cortejo es más hermoso.

—Es simplemente un proceso de dominación del macho sobre la

hembra, de dominación total para satisfacer sus instintos —soltó Galatea de un tirón.

—Vaya, usted ha probado ya el sistema y le ha decepcionado... ¿No?.

A la pregunta de Xacman, Galatea se mordió los labios, rabiosa.

—Creo que si he de informarme al respecto, será mejor preguntarle a Xacman directamente —opinó la propia Kalina— Por su forma de responder estoy segura de que me lo explicará todo como es.

—Seguro que hasta con detalles —apuntilló Galatea.

—Opino que será mejor que se encargue el comandante Xacman de ciertos menesteres —dijo el embajador Showang— Siempre que no vaya a ocasionar un conflicto de índole interestelar, claro.

—Pues creo que lo hará muy bien por lo que se cuenta de él, tiene mucha experiencia en esa clase de asuntos.

La bellísima princesa Kalina se volvió hacia Xacman y preguntó con toda naturalidad.

—Tienes mucha experiencia de procreación, ¿a cuántas hembras has fecundado?

Xacman tragó saliva

—Bueno, yo no sé que haya procreado...

—Tendrá que explicarle a la princesa que entre los terrícolas, aunque parezca que va unido, se desvincula la procreación propiamente dicha del placer sexual.

—Esto va a parecer una clase de educación sexual —cortó el comandante Emerson un poco violento

—Me gustaría hablar un rato con la princesa —pidió el embajador Showang.

—Bien, yo daré orden para que preparen una nave de transporte para descender a Titán y llevar allí cuanto haga falta para las reparaciones.

Por su parte, la capitán Galatea indicó:

—Escogeré el personal adecuado para efectuar las reparaciones.

—Yo me encargaré de pilotar la nave que descargue en Titán —dijo Xacman.

Galatea sugirió:

—Me gustaría descender en el primer viaje.

—Por mí no hay inconveniente —respondió Xacman.

Kalina asintió a su vez:

—Por mí tampoco.

—Ante todo habrá que solventar los problemas de telecomunicación para mantenernos en contacto en todo momento —propuso Xacman.

Nadie había podido ver aún la clase de vestido que usaban las hijas de Vonel y Xacman se abstuvo de explicarlo.

La gran nave X-Nidal-20 seguía orbitando a Titán a una distancia considerable. Continuaba con sus grandes y majestuosas alas desplegadas, dentro de las cuales aguardaban las astronaves de combate para salir disparadas a hacer frente a cualquier ataque sideral que se les presentase.

Todo el sistema de alarma seguía vigente, nada había cambiado pese a la llegada a bordo de la princesa Kalina, cuyo caso se estaba estudiando a fondo, demandándose consejo al gobierno de la Confederación Terrestres ante aquella situación que podría ser de gran emergencia.

Cabía inhibirse del problema que existía más allá del Sistema Solar en que se hallaba la Tierra, pero también podía salir en ayuda de las hijas de Vonel y al propio tiempo, si vencían a líos humanoides de Gowm, conjurarían una próxima futura invasión del planeta Tierra y sus colonias astrales.

CAPÍTULO IV

Una nave de carga y mantenimiento con material y maquinaria para efectuar reparaciones salió por el hangar superior de la gran nave nodriza en dirección a Titán. Dos astronaves de combate le daban escolta y una de ellas estaba tripulada por el mismísimo Xacman que llevaba consigo a la princesa Kalina.

A ésta se le habían mostrado muy pocas dependencias de la nave nodriza, pues así se especificaba en las ordenanzas espaciales. Las áreas peligrosas de la nave no podían mostrarse a nadie que no perteneciera a la tripulación.

La otra astronave de combate era pilotada por Sesang y tras él viajaba la capitán Galatea, muy interesada en conocer mejor a las hijas de Vonel.

La nave carguera tomó suelo en Titán y se fue aproximando hasta detenerse frente a la puerta de la nave averiada de las vonelitas. Después llegaron las astronaves de combate mientras los técnicos de mantenimiento preparaban un túnel de acero plástico que uniría las dos naves, la de reparaciones y la averiada para moverse de una a otra sin utilizar los trajes de supervivencia que limitaban los movimientos.

Desde la nave carguera se mantenía comunicación con la X-Nidal-20 que seguía orbitando Titán.

Sesang, Galatea, Xacman y la princesa entraron en la nave de Vonel y cuando pasaron a la amplia sala semicircular y fueron recibidos por las súbditas de la princesa Kalina, Sesang no pudo contener un silbido de admiración.

—No sea grosero, teniente Sesang —le pidió Galatea, comprobando entonces cómo eran los trajes de aquellas mujeres, unos trajes que las protegían pero que no ocultaban ninguno de sus

atributos femeninos.

—Venga conmigo, capitán Galatea, le daré uno de nuestros trajes. Son muy cómodos y conservan la temperatura del cuerpo.

—Oh, gracias, pero pienso que éste no es el momento más oportuno para ponérmelo...

—Entonces, se lo entregaré para cuando desee utilizarlo. Les estoy muy agradecida por la ayuda que nos prestan. Somos fugitivas de la invasión de que hemos sido víctimas y nos es vital esa ayuda.

La princesa Kalina se alejó dejándoles frente a las demás hijas de Vonel. Galatea comentó en voz baja a Xacman:

—Ahora comprendo por qué tenía tantas ganas de volver.

—No era cuestión de que la princesa se exhibiera con su traje transparente por nuestra nave.

—Sí, yo también considero que no habría sido oportuno ¿No sería conveniente que les hiciera ver que nosotros vamos más tapados?

—Si ésa es su forma de vestir, ¿para qué cambiarlas? ¿Acaso hemos de volver al medioevo terrícola?

—Tanto como eso, pero su indumentaria es una provocación, además son realmente exóticas. Opino que es mejor que no suban así a bordo de la nave nodriza hay muchos hombres todavía descompensados.

—Usted, como comandante de actividades sociales y de régimen interno, ¿se opondría a que hubiera una intimación entre estas bellezas y los varones terrícolas?

—¡Naturalmente que sí!

Ante una respuesta tan rápida y seca, Xacman inquirió:

—¿Por qué?

—Xacman, ¿pretende transformar este encuentro en una orgía?

—Tanto como orgía, no, pero si ellas desconocen cierta clase, de placeres, pues...

—Mejor que no siga hablando Xacman —le cortó tajante—. En

el plan médico y profiláctico es ya imposible. Ignoramos cómo son orgánica y bioquímicamente estas mujeres y corremos muchos riesgos al estar cerca de ellas, exponiéndonos al contagio de ignoradas enfermedades.

—Lo mismo que ellas con nosotros.

—¡Se han saltado varias normas de ordenanzas!

—¿Y piensa denunciarlas?

—¿Por qué no? Es mi obligación hacerlo.

—Yo puedo alegar que se trataba de una emergencia, recuerde que era un SOS galáctico.

—Me da la impresión, mayor Xacman, de usted intensamente feliz ante el espectáculo que llena sus ojos.

—Del todo, no.

—¿Ah, no, acaso le falta algo?

—Sí.

—¿El qué, si puedo saberlo?

—Ver cómo le sienta a usted el trajecito de la princesa Kalina.

En aquel momento regresaba la princesa llevando entre sus manos uno de aquellos trajes de tejido totalmente transparente. Se lo tendió a Galatea que dudó y Xacman le observó:

—No va a rechazar el obsequio de las hijas de Vonel, ¿verdad? Podría crearnos problemas interplanetarios.

Galatea rugió por dentro de la boca cerrada al tiempo que observaba que el traje transparente le sentaba a la bellísima princesa Kalina como un guante hecho a medida.

Galatea tomó el vestido entre sus manos y Xacman tuvo la impresión de que ella no pensaba vestirse con él jamás.

—¿Todas las mujeres de Vonel son tan hermosas? —preguntó Galatea dominándose y esbozando la más fría sonrisa que pudo conseguir.

—Pues, no sé a qué se refiere. Si lo que trata de preguntar es si todas somos más o menos parecidas, tengo que decir que sí, sólo

varía un poco el color de nuestro vello de nuestros cabellos, pocas cosas ¿No es cierto, mayor Xacman?

—Pues, a mí me parece que la diferencia no es muy grande ¿No hay gordas?

—Si una súbdita no está enferma no tiene por qué estar gorda ni flaca. Tenemos los alimentos regulados y no hay problemas. Vivimos ágiles y fuertes como supongo que lo es el mayor Xacman, y creo que usted también será ágil y fuerte, capitán Galatea.

—No puedo quejarme —respondió Galatea

—¿Y los humanoides de Gowm no han tratado de confraternizar con ustedes, las hijas de Vonel? —preguntó el teniente Sesang.

—No, si se refiere a tratar de procrear con nosotras. Ellos son muy distintos.

—¿Cómo son en realidad? —preguntó Galatea, curiosa.

Un poco asombrada, la princesa Kalina inquirió:

—¿No los conocen?

Xacman explicó:

—Hemos luchado con ellos en el espacio. No pudimos capturar a ninguno vivo y los que murieron en combate quedaron desintegrados, de modo que lo cierto es que no conocemos su aspecto físico anatómico.

—Son bípedos como nosotros, pero no se parecen demasiado. Tienen un ligerísimo plumón en vez de pelo y vello como el que pueda cubrir nuestra piel.

—Yo no tengo mucho vello —observó Galatea.

—¿En ninguna parte? —preguntó Kalina.

Galatea se sonrojó ligeramente y Xacman volvió a salir al paso, concretando:

—Los varones terrícolas sí tenemos vello. Yo tengo en el pecho, en la espalda, incluso en el vientre.

—Qué exótico, me gustaría verlo.

—Vamos, mayor Xacman, ¿por qué no la complace?

Galatea irónica.

—Ejem, ya llegará su momento ¿O quiere que también la complazca a usted, Galatea?

—¿Usted no se lo ha visto? —interrogó Kalina con expresión ingenua y mirando muy asombrada a la otra mujer.

—Creo que tengo que dar unas órdenes a mis subordinados...

—Un momento, Galatea —la retuvo Xacman— La princesa nos estaba explicando cómo son los humanoides de Gowm.

Galatea dudó, pero se quedó, siempre sosteniendo entre sus manos aquel traje que le habían regalado.

—Como decía, tienen como un finísimo pulmón pardo-rojizo. Su boca es un pico ganchudo y muy peligroso. La distribución de sus ojos es similar a la nuestra y sobre la cabeza tienen una especie de cresta de plumas un poco abiertas. Sus manos poseen terribles garras retráctiles que emplean cuando tienen que luchar cuerpo a cuerpo. Algunas de mis súbditas murieron entre esas odiosas garras. Fueron abiertas en canal de arriba abajo, como reses.

—¿Tienen alas? —inquirió Galatea sarcástica.

—No, no tienen alas, pero sus piernas, que permanecen casi siempre un tanto dobladas, consiguen unos saltos que a nosotras nos son imposibles.

—Entonces, son unos auténticos monstruos desde nuestro punto de vista —opinó Galatea.

—Sí, no se parecen a nosotros. Por suerte, los habitantes de Vonel nos parecemos a las hembras terrícolas aunque a decir verdad, nuestros machos no son como los terrícolas, desgraciadamente —comentó mirando a Xacman con mucha atención.

—En el planeta Tierra surgieron razas muy distintas entre sí en color de piel, estatura, rasgos faciales y otras diferencias biológicas; sin embargo, todas entre sí podíamos cruzarnos perfectamente para la procreación.

—¿Y los descendientes, como salían? —preguntó la princesa

Kalina

—Pues, como nosotros somos ahora.

—También siguen habiendo amarillos orientales, negros de todos los continentes y mestizos. Hay una variedad muy extensa.

—Sería interesante averiguar si el cruce de nuestras dos especies podría ser factible, si ello mejoraría la raza de nuestros machos.

—Eso tendría que determinarlo los científicos primero y autorizarlo después el gobierno de la Confederación Terrestre —puntualizó Galatea, rápida como un latigazo.

—Creo, capitán Galatea, que usted parte de la base de que son ustedes los terrícolas quienes imponen las reglas. Al referirse a mí y a mis súbditas parece tratar con una raza inferior contra la cual tuviera que vacunarse.

—Yo no he pretendido decir tal cosa.

—Galatea —le dijo Xacman que solía apearse el tratamiento de su jerarquía pese a saber que eso le molestaba mucho—. Será mejor que sea el embajador quien hable con la princesa y no usted, que es un poco ofensiva. Además, las féminas terrícolas no sufrirán ningún trastorno con el cruce ya que sólo se trata de aparejar una hembra de Vonel con un varón terrícola. ¿No es eso, princesa Kalina?

—Exactamente.

—Me parece una solemne estupidez y si continúan tratando ese tema, tendrá que llevarse a la mesa de comandancia y votar.

—Teniente Sesang —interpeló la princesa Kalina.

—Sí, princesa.

—¿Cuál de mis súbditas te parece más atractiva, más deseable?

—Pues, pues... —vaciló tragando saliva y enrojeciendo.

—¡Teniente Sesang regrese a su astronave y olvide lo que ha oído! —casi le gritó Galatea.

—Alto Galatea. El teniente Sesang está bajo mis órdenes y no

bajo las suyas —concretó Xacman.

—Yo soy la comandante de actividades sociales y de régimen interior.

—Aquí no estamos en el interior de la nave y, ¿acaso son actividades sociales el amor hasta sus últimas consecuencias?

—¡Que lo diga el médico de nuestra misión!

—Teniente Sesang —interpeló Xacman encarándose con él y haciendo caso omiso a la exclamación de Galatea—. Le autorizo a que señale a la vonelita que más le atraiga.

—Pues... —Volvió a vacilar hasta que quedó con los ojos fijos en una de las féminas tenía los cabellos y el vello en general de color verde esmeralda brillante. Era alta y esbelta como la propia Kalina. Tenía idéntica perfección de piernas; caderas, vientre prieto, sin bolsas ni arrugas. Sus pechos eran grandes y altos como las areolas de color fucsia, brillantes como sus labios húmedos.

—Se llama Trea —dijo la princesa.

—Es muy bonita.

—¡Teniente Sesang, despierte, le están hipnotizando! —protestó Galatea.

Xacman comentó punzante:

—Será por el régimen de austeridad que impera a bordo de la Nidal. Hace falta un poco más de libertad, menos disciplina en las horas libres, menos reglamentaciones para no convertirnos en autómatas.

—¡Daré cuenta de todo esto, mayor Xacman!

—Haga lo que quiera y firme el reportaje como la capitán Frígida Galatea.

—¡Es usted un grosero insoportable!

Dando media vuelta, se alejó apresuradamente por el túnel de acero-plástico que unía las dos naves.

CAPÍTULO V

La reunión que tenía lugar en la sala de comandancia era al más alto nivel. Habían recibido ya la respuesta del gobierno de la Confederación Terrestre tras cursar el informe relativo al hallazgo en Titán, satélite natural de Saturno, de la nave vonelita.

Allí estaban los cuatro comandantes y un representante elegido democráticamente por la tripulación para que ésta tuviera su voto de participación en una determinación tan importante y grave como la habría de tomarse. La gran ausente era la princesa Kalina que no estaba advertida de dicha reunión que podía decidir la suerte del planeta Vonel, según ella, invadido por los feroces humanoides de Gowm.

—Estamos ya lejos de los límites marcados por la Confederación Terrestre, es una situación de emergencia. Nos han dejado la elección, podemos regresar a la Tierra o a una de nuestras colonias mineras llevando con nosotros a las hijas de Vonel o, por el contrario, podemos tomar la decisión de escoltar a la princesa Kalina hasta su planeta y ver cuál puede ser nuestra actuación allá, teniendo en cuenta que los humanoides de Gown son enemigos comunes para ambos. Por supuesto, esta segunda determinación nos llevará a un combate seguro con los humanoides de Gowm. Será una guerra sideral en la que podemos sucumbir, ya que no tendremos apoyo de ninguna clase, careceremos de retaguardia.

—Yo respondo de mis muchachos y de las astronaves de combate —dijo el mayor Xacman.

—Ya nos damos cuenta de que su voto va por viajar hasta ese planeta desconocido y salvar a las bellísimas hijas de Vonel —observó Galatea lanzándole una mirada entre ceñuda y furiosa.

—¿Cómo estamos de suministro, víveres y combustible para la

nave? —preguntó el representante de la tripulación.

El comandante Emerson explicó:

—Tengo todos los datos elaborados después de calcular la distancia a la que nos hallamos del planeta Vonel, según las coordenadas siderales entregadas por la princesa Kalina. Poseemos víveres, suministros en general y combustible nuclear suficiente para viajar hasta Vonel, permanecer allí un mínimo de mil horas y regresar.

Galatea quiso puntualizar:

—La nave de las vonelitas está más averiada de lo que cabía suponer en principio ya que su fuselaje se halla intacto. No conseguiremos ponerla en marcha.

—Con una operación que podemos efectuar mis muchachos y yo, la ayudaríamos a despegar de Titán y una vez en órbita, se colocará sobre la nave nodriza por encima de la boca del hangar, sin estorbar la entrada al mismo ni a la pista de toma de contacto con las astronaves. De este modo podemos cargar con ella y llevarla a su planeta de origen; una vez allí podrá ser reparada por sus propios técnicos.

—Usted lo ha dicho bien, mayor Xacman, sus propias técnicos, porque allí todo son mujeres y eso parece que es lo que más le interesa.

—Creo, Galatea, que se excede en sus apreciaciones —le cortó Xacman— Yo veo la forma de asestar un golpe mortal a esos humanoides de Gowm que persisten en sus ideas de invasión de todos los planetas habitados y civilizados.

—Si nos alejamos tanto de nuestras colonias, si salimos del Sistema Solar, no sabemos lo que nos espera.

—Hemos enviado naves-sonda no tripuladas más allá de nuestro Sistema Solar, pero jamás nadie hasta ahora ha salido más allá de Plutón.

—Alguna vez ha de ser la primera, no debemos ser reaccionarios. Si Colón no hubiera traspasado el Atlántico en el mil

cuatrocientos noventa y dos, América no habría sido descubierta por la civilización europea y si Neil Armstrong, en el mil novecientos sesenta y nueve, no hubiera llegado a la Luna en la «Apolo-13», jamás ningún ser vivo habría pisado un astro diferente a la propia tierra, no estaríamos nosotros aquí y ahora. Siempre hay una primera vez.

—Son palabras de juventud, palabras agresivas que conviene meditar muy bien —opinó el embajador Showang con su característica cautela, mirando a Xacman que hablaba con una vehemencia que irritaba a Galatea El interés que Xacman mostraba por ayudar a la princesa Kalina se le antojaba desorbitado e intolerable.

—Hemos de tomar una decisión y comunicarla luego al gobierno de la Confederación para que conozca cuál es nuestra situación. Por supuesto, cada diez horas deberemos enviar un mensaje para que puedan seguir nuestra ruta, aunque la respuesta de nuestro gobierno cada vez tardará más en llegar debido a la distancia que nos separará y que irá en aumento

—La decisión es sumamente delicada. Regresar es continuar todos con vida, pero es una gran responsabilidad dejar a un pueblo que puede ser nuestro amigo en la esclavitud y en la muerte bajo los invasores que luego vendrán a atacarnos a nosotros —consideró Emerson.

—Todos tenemos conocimiento de lo que sucede. Mi sugerencia es que el peligro de invasión es preferible atajarlo allá donde se esté incubando, no cuando se halle en su máxima virulencia. Es como el fuego, en el primer instante con un vaso de agua puede apagarse, pero a los diez minutos no basta con una cuba de diez toneladas.

—En nombre de toda la tripulación a la que represento —dijo solemne el individuo designado democráticamente por los demás tripulantes de la nave— correremos el riesgo y lucharemos contra los humanoides de Gowm para intentar acabar con su peligro de invasión de una vez para siempre.

—Ya tenemos un voto. ¿Y el suyo, embajador Showang? —inquirió Emerson mirando al anciano oriental.

—Mi voto es ir a Vonel. Es la oportunidad de evitar invasiones, liberar a un pueblo esclavizado y hacer nuevos amigos en el espacio sideral.

—¿Capitán Galatea?

—Yo voto por regresar con esas mujeres a bordo.

—¿Mayor Xacman?

—Ir a Vonel —dijo con rotunda claridad

—Bien, yo opino como la capitán Galatea que lo más prudente sería regresar al planeta Tierra, pero por lo visto el voto democrático del representante de la tripulación decanta el resultado en favor de ir a Vonel y atacar a los humanoides de Gowm allá donde los encontremos.

—Entonces, se trata de ponerlo todo en marcha y no perder tiempo —observó el mayor Xacman.

—Espero que no tengamos que arrepentimos de esta decisión. Con las hijas de Vonel a podemos tener muchos problemas, al menos si no se les pide que utilicen nuestros trajes —propuso Galatea.

—No podemos imponerles nada que ellas mismas no deseen hacer, no son nuestras prisioneras —le recordó el embajador Showang—. Hemos de tomar su forma de ser y sus circunstancias tal como son y creo, capitán Galatea, que usted debería mentalizar a la tripulación con alguna charla y consejos respecto a la actitud natural que se debe adoptar frente a ellas y su manera de ser y vestirse.

El comandante Emerson puntualizó también:

—Si un miembro de la nave comete alguna irregularidad, será sancionado en su grado máximo. Comuníquelo también, capitán Galatea, es bueno que se sepa.

—No olviden que el control de los pilotos de astronaves de combate está bajo mi mando y nada más —recordó Xacman.

—Supongo que sus pupilos podrán escuchar también las

normas que van a ser dictadas al resto de los tripulantes, ¿no? —dijo Galatea sarcástica.

—Sí, pueden oírlo todo y aceptar los consejos, pero respecto a ellos, quien sanciona soy yo.

—Salvo que cometan una falta grave que altere el orden dentro de la X-Nidal-20 —advirtió el comandante Emerson algo ceñudo.

—Es cierto —corroboró el embajador Showang—. Si llega ese caso, tendrá que someterse a un juicio de esta mesa donde seremos cuatro a juzgar y determinar la sanción pertinente.

—Es lo justo —admitió Xacman.

—Ahora, puede ir corriendo a contarle a la princesa perdida que vamos a salvar su reino para que siga imperando sobre sus súbditas en una civilización autocrática y no democrática.

—Sobre eso, ya le iremos hablando —respondió Xacman a Galatea.

El embajador Showang añadió:

—Nuestra misión no es cambiar el orden instituido en otros planetas y civilizaciones. Si la mesa no se opone, seré yo mismo quien le comunique a la princesa Kalina la decisión tomada.

El comandante Emerson se encaró con Xacman para preguntar:

—¿Qué opina?

—Me parece muy bien que sea el embajador quien le notifique la resolución adoptada. Después de todo es el político y durante el viaje tendrá largas horas para charlar con la princesa y ver cuáles pueden ser las futuras relaciones entre planeta Vonel y nuestra Confederación Terrestre.

Galatea apuntilló incisiva:

—Si es que quedamos vivos para contarlo, claro.

—Pondremos todo en marcha para efectuar la operación de recuperación de la nave vonelita ¿Se encargará usted de la operación mayor Xacman?

—Sí.

—Cuando esa nave esté cargada sobre la nuestra partiremos hacia ese planeta dominado por hembras.

—Capitán Galatea, ¿podrá proporcionar un alojamiento adecuado para las vonelitas?

Antes de que Galatea respondiera a la pregunta de Showang, Xacman dijo:

—Ellas pueden viajar en su propia nave. Bastará con que coloquemos un túnel de comunicación entre las dos naves, eso será fácil montarlo con acero-plástico.

—Sí, será lo mejor. Así, ellas se sentirán más cómodas en su propia nave donde tienen sus habitáculos para dormir —aceptó mordaz Galatea. Mirando directamente a los ojos grises de Xacman preguntó.

—¿Cómo está el teniente Sesang? Hace horas que no le veo...

—La verdad es que yo tampoco. Está abajo en Titán, formando parte de la vigilancia con su astronave de combate.

—¿No cree que sería conveniente relevarlo de su vigilancia?

—¿Por qué?

—No sé, quizá se encuentre agotado por poner exceso de celo en la misión que le ha sido encomendada.

—¿Opina que cuando suba a bordo sea sometido a un reconocimiento médico?

—Naturalmente, eso sí está bajo mi jurisdicción y ya he pasado nota a enfermería de que cuando llegue el teniente Sesang a bordo de la nave nodriza sea sometido a un chequeo profundo.

—No está mal, a lo mejor nos enteramos de que se encuentra en un estado de suavidad asombrosa.

—Si es así y usted se siente nervioso, puede bajar a relevarle. Posiblemente la princesa Kalina y sus súbditas le reciban con los brazos abiertos.

La capitán Galatea estaba cada vez más molesta, casi furiosa. Sus órdenes resultaban tajantes y quienes la habían aceptado como

una superior justa y hasta amigable, comprobaban que su irritabilidad constante creaba antagonismos y malos humores entre los miembros de la tripulación.

Galatea había pensado que a la larga o a la corta terminaría por vencer la arrogancia y la socarronería de Xacman, mas la aparición de las bellísimas hijas de Vonel lo había cambiado todo y se sentía como desplazada.

Se enceró en su habitáculo individual y se dejó caer sobre el catre. Sintió en sus entrañas una punzada de celos y entre sus labios brotó una airada interjección.

—¡Cerdo, todos los hombres sois unos cerdos!

Ella misma se sorprendió de su espontánea exclamación y respiró hondo para calmarse. Luego. se dijo:

«¿Y a mí qué me importa si se idiotiza por esa hembra de los cabellos rojos?»

Comprendió que sí le importaba y mucho. Se sentía atraída hacia Xacman y había estado jugando su papel de esquiva con la certeza de que al final haría claudicar al cazador por voluble que éste fuera, la aparición de las nuevas hembras, especialmente de la princesa Kalina, había trastocado el panorama.

Le había hecho sentir celos y por ello estaba tan irritable y en ocasiones hasta furiosa.

—Pues lucharé con uñas y dientes —resolvió—. Xacman es terrícola como yo y tengo más derecho que ellas a que sea mi pareja.

CAPÍTULO VI

La operación de sacar de Titán la nave de las hijas de Vonel fue llevada a cabo con verdadera maestría y casi temeridad por el mayor

Xacman.

La princesa Kalina no se había opuesto, todo lo contrario. Parecía beber las palabras opiniones y sugerencias del mayor Xacman.

Los astronautas de mantenimiento trabajaban en el exterior para situar unos anclajes de sujeción que fijaran la nave de las hijas de Vonel sobre la nave nodriza y al mismo tiempo, por una de las escotillas de emergencia se estaba montando un túnel de acero-plástico que comunicaría directamente con la puerta de la nave vonelita para poder pasar de una nave a otra sin necesidad de presurizaciones y despresurizaciones y, por supuesto, sin utilizar los trajes de supervivencia, tan pesados e incómodos.

El sistema de alarma había sido quitado, pero se mantenía una alerta preventiva. Periódicamente debían estar todos en sus puestos, lo que les hacía permanecer siempre vigilantes y con el material a punto por si aparecían las naves de los humanoides de Gowm.

Las dos gigantescas alas que poseía la X-Nidal-20, cargadas con las veinte astronaves de combate, se habían plegado majestuosamente, hundiéndose a babor y estribor.

En el espacio sideral no había que vencer ninguna resistencia de aire; por ello, la nave de las hijas de Vonel, montada sobre la gigantesca nave terrícola, no restaba velocidad en lo más mínimo, como tampoco cuando se abrían las alas cargadas de astronaves de combate.

La X-Nidal-20 no habría resistido el choque y rozamiento contra una atmósfera como la que rodeaba el planeta Tierra; por ello, siempre se mantenía alejada de los planetas, orbitándolos a una distancia prudencial para que su gran masa no tuviera roces con el aire.

La decisión estaba tomada. Habían puesto proa al lejano planeta Vonel, situado fuera del Sistema Solar terrícola.

Por primera vez en la civilización terrícola iban a cruzar la

barrera límite de su Sistema Solar para entrar en el contiguo, donde en torno a una estrella menos activa y brillante que el Sol orbitaba un planeta también azul como la Tierra donde el género femenino había superado en mucho al masculino y era la especie dominante a todos los efectos, ya que los machos de Vonel no podían ni siquiera llevar el nombre de varones. Eran seres totalmente inferiores cuya única función era la reproductiva y aun así, sólo podían efectuarla los previamente seleccionados excluyéndose todo goce sensual.

—¿Cómo estás, Sesang?

El joven teniente, al recibir la palmada en su espalda dada por la mano del mayor Xacman, semejó despertar de un ensueño.

—¿Ah, es usted?

—Sesang, parece como si te hubieras tomado un tonel de cerveza.

—Me encuentro bien; algo, algo... —vaciló.

—¿Flojo?

La pregunta fue hecha con infinita picardía.

—Sí, sí, creo que estoy flojo. Tendré que ir a tomarme la presión sanguínea a la enfermería.

—Bueno, no creo que sea para tanto. ¿Te han pasado la notificación para que te hagas un chequeo?

—Sí.

—¿Y te lo has hecho?

—Todavía no, como he participado en la misión de rescate de la nave de las vonelitas.

—Si llego a darme cuenta de que te encontrabas tan pachucho, te hubiera relevado.

—No, no es que me encuentre mal, sólo que bueno...

—Flojucho, flojucho. Si se te ve en la cara. ¿Ha sido la bella de los cabellos verdes?

—Es muy hermosa, ¿verdad? —preguntó para confirmar lo que él ya daba por cierto.

—La verdad es que sí. El médico tiene mucho interés en conocer lo que ha sucedido.

—Pues no le diré nada.

—Estás en tú derecho si te acoges a los derechos humanos y a la libertad personal.

—Después de todo, si hay procreación, lo que venga lo ha de tener Trea y es asunto suyo, no de los terrícolas.

—Creo que en ese particular ambos debéis poneros de acuerdo. Lo cierto es que, toda la tripulación está interesada en saber si es posible el cruce entre esas bellísimas hijas del planeta Vonel y nosotros, los varones terrícolas; claro que hay una protesta generalizada entre las mujeres de nuestro planeta, ya que ellas se quedan al margen del asunto.

—Me siento como un conejo de Indias.

—Siéntete como un conejo a secas.

Sesang sonrió, parecía como algo idiotizado.

—¿Seguro? —inquirió asombrado Xacman

—Seguro; por lo menos, ésa es mi opinión.

—No quiero ser entrometido, Sesang, pero ¿en qué basas ese criterio de que las vonelitas son mejores que las terrícolas?

—Salta a la vista, ¿no?

—Hay que admitir que físicamente son perfectas. Poseen todo lo que un hombre puede soñar para su deleite sexual y, además, son muy exóticas; pero hay terrícolas que no están nada mal.

—Vale más que no haga comentarios entre los compañeros, mayor, porque surgirán peleas que nadie podrá evitar. Todos querrán aparejarse con ellas y será el caos.

—Me dejas anonadado yo suponía que ellas, en la acción de ayuntamiento procreativo, eran totalmente frígidas por carecer de experiencia. En su planeta no va implícito el goce ni el amor en la función reproductiva, ya que al macho lo envían después a sus habitáculos. No hay sentimientos de por medio.

—Se lo digo a usted personalmente porque es mi superior, mi comandante y le considero mi amigo.

—Hombre, gracias; yo siempre os he tratado como a camaradas.

—Todos los de la escuadrilla de combate le tenemos como amigo, Xacman, y ninguno de nosotros querría cambiar por nada a otra escuadrilla.

—Eso me llena de orgullo, Sesang, aunque no voy a ser tan estúpido de decir que no lo sabía.

—Verá, yo no quiero someterme a un análisis psicológico, no quiero convertirme en cobaya, pero...

—Tienes deseos de hablar con alguien de lo que has experimentado, vaya que revientas si no lo cuentas, como un pescador que ha sacado del agua un gran atún.

—Algo así, Xacman.

—Venga sentémonos en la salita. Amortiguaremos un poco la luz y yo haré de psicólogo, pero no me odies luego como si fuera tu padre, ¿eh?

Sesang sonrió y pasaron a la salita. En cierto modo, Xacman, que se había fijado mucho en la princesa Kalina pese a que también se sentía atraído por Galatea, aunque a ésta no se lo demostraba debido a la arrogancia de que ella hacía alarde en todo momento, estaba intrigado por conocer cuál era el comportamiento de aquellas exóticas mujeres.

—Me llevó a un habitáculo... —comenzó Sesang

—Con una cama, claro

—No, no había cama

—Vaya, eso es una novedad —comentó Xacman irónico.

—El suelo estaba enmoquetado y había almohadones por los rincones, almohadones de colores casi fosforescentes y la luz era cambiante. Cerró la puerta y me di cuenta de que la estancia era circular y lo que yo había creído pared eran espejos, un espejo al lado

de otro. Adonde quiera que mirase, la veía a ella y a mí mismos.

El teniente Sesang cerró los ojos y siguió explicando lo que parecía haberle idiotizado. A su lado, Xacman se interesaba por el muchacho y también por el comportamiento de las hijas de Vonel en aquellos momentos tan delicados. No había ningún interés morboso ni erótico en oír el relato, pero sabía que ayudaba a Sesang escuchándole.

—Los espejos no eran uno solo, sino que había docenas, en vertical, y cada uno de ellos semejaba tener colores diferentes. Los había rojizos, dorados, verdes, azules... Ella me miraba fijamente con sus grandes ojos de pupilas púrpura mientras con sus dedos esponjaba su cabellera verdosa brillante. Estaba bellísima, me sentí vibrar y si me hubieran colocado un electrocardiograma, habría salido la gráfica más extraña y disparatada que jamás se haya visto. Creo que el corazón me brincaba dentro del pecho.

—¿Haces el amor a tu manera? —le pregunté

Trea quedó como un poco perpleja y respondió:

—En mi planeta, eso de hacer el amor no existe ¿Por qué no me enseñas tú cómo os unís los terrícolas?

Yo vacilé.

—Bueno, creo que eso no se explica, se hace. No hacen falta palabras para amarse. Se trata de quererse, de entregarse el uno al otro y dejar que los cuerpos se unan en uno solo. Eso es el amor y mucho más, porque los sentimientos...

Creo que comencé a explicarle muchas cosas, quizá demasiadas, porque ella me cortó diciéndome:

—Desnúdate, terrícola.

Yo me sorprendí y me sorprendí de mí mismo, porque lo que ella pedía era lo más lógico, claro que Trea, aun estando vestida, era como si y a estuviera desnuda debido a esos trajes tan transparentes que usan.

—Y tú la obedeciste, ¿verdad? —carraspeó Xacman.

—Si, claro y ella me ayudó.

—Bien, bien, no hace falta que sigas. Supongo que todo terminó felizmente y que no hubo problemas para la unión amorosa.

Xacman quería dar por terminado el relato, no quería conocer más intimidades de lo ocurrido, pero Sesang le pidió:

—Aguarde...

—Oye, recuerda que yo no soy de piedra y estoy pasando carestía como muchos.

—Es que ella quedó como fascinada ante mi cuerpo. Dijo que le parecía maravilloso y que las mujeres terrícolas tenían una gran suerte de poseer varones como yo. Que los suyos no servían para gozar y que ella se sentía fuertemente atraída por mí. Le hicieron gracias los rizos del vello de mi pecho y me besó. Le juro Xacman, que parecía haberse leído el Kama Sutra y el Ananga Ranga de cabo a rabo, porque con las caricias labiales es una experta o aprendió instintivamente de forma súbita. Luego...

—Oye, yo me largo tengo que hacer. No expliques nada de esto a los demás compañeros o habrá peleas para ir de visita a la nave de las vonelitas y al final tendré que volverme un tipo duro imponiendo sanciones y prohibiciones. Se habrá acabado la buena vida entre los muchachos de Xacman.

—Cuando ella se quitó el vestido de tela de cristal...

—Imagino que seguirías viendo lo mismo que ya veías antes.

—Escapó una fragancia de toda ella, un perfume que me embriagó. Mis ojos se dilataron, yo la veía delante de mí, la sentía devorándome con sus ojos, con sus labios, con sus manos. Su silueta se multiplicaba, reflejada en cada uno de los espejos en todos los colores y en todos los planos. Me entregué a su amor con ternura y felicidad y le aseguro, Xacman, que jamás imaginé tanto en encuentro amoroso. Siempre me he considerado un hombre normal, ni más ni menos que otros, pero antes de quedar extenuado entre los almohadones, cuando ella se alejaba de la sala sonriente, la verdad,

no sé si conseguí cuatro o cinco veces el más alto grado de éxtasis. Me sentí suave y tan flojo como si me hubieran tenido un mes a pan y agua. No tenía ganas de levantarme y cuando regresé a la astronave de combate, el traje espacial me pesaba como plomo y comencé poco a poco a sentir un hambre feroz.

—Uuuuf... Por lo visto, las hijas de Vonel lo que no saben lo aprenden muy pronto.

—Xacman, necesitaba contárselo a alguien por que yo mismo no creía que tanto placer pudiera ser cierto en un encuentro amoroso.

—Si no has hecho como esos pescadores que después de sacar una sardina de cien gramos dicen que han pescado un pez espada de cien kilos...

—Le juro que lo que le he explicado es verdad.

—Y yo te creo, Sesang, pero me has preocupado. Será cuestión de tenerlas aisladas del resto de los astronautas o esto se va a convertir en una orgía espacial. Ahora, te recomiendo que pidas ración extra de vitaminas y que te olvides de Trea.

—¿Olvidarme de Trea? Imposible, estoy esperando mis horas libres para volver a su encuentro.

—Ni lo sueñes, Sesang.

—¿Cómo me lo vas a impedir?

—Claro. ¿Quieres quedarte en la piel y los huesos? Vamos, estás hecho un pipiolo encelado. Además, esto de las citas de procreación como ellas las llaman, las hacen de una forma programada, una vez al año y listos. Tu cabeza se ha puesto a hervir como una olla a presión y me temo que si no te metes bajo la ducha y te llenas los bolsillos del pantalón con cubitos de hielo vas a explotar.

—Xacman, una vez más, por lo menos una vez más.

—Ni hablar.

—¿Por qué? Seré más cauto.

—¿Cauto y estás deseando volverte a idiotizar por esa vampiresa? Es como una droga para ti, muchacho. Quedas relevado

de tu trabajo y te vas a recluir en el dormitorio hasta nueva orden. Primero, pasa por la enfermería que te revisen. Y a hablaré yo con el médico para que te revitalicen un poco, no quiero pilotos con la mirada extraviada, pensando en exuberancias femeninas mientras nos hallamos volando en formación de combate frente a los humanoides de Gowm.

—Pero, Xacman, los compañeros creerán que me ha arrestado.

—No, estás de baja por orden médica, ya me encargaré yo de ese asuntillo. Ahora vamos al dormitorio, yo a ti no te suelto y recuérdalo, secreto de estado. Si le cuentas a alguien lo que ha pasado, sí que el arresto no te lo levanta ni tu padre.

Se lo llevó cogido del brazo, como temiendo que el teniente se le pudiera escapar de un momento a otro.

CAPÍTULO VII

En una breve reunión celebrada en la salita de comandancia, el propio mayor Xacman propuso:

—Es preferible que se establezca vigilancia en el túnel de unión debido a lo digamos eróticas que son esas mujeres de Vonel.

—Vaya, ha dado usted un cambio, mayor Xacman —le observó la capitán Galatea.

—Creo que los contactos que se hagan deben ser a nivel femenino. Ellas no están acostumbradas a los varones con la vitalidad de los terrícolas.

—Cualquiera diría que se lo comen todo —rezongó Galatea, irónica.

—Todo lo que sea muy apetecible, puede ser —Xacman prosiguió—: Que sólo suba personal femenino y que ellas no

desciendan a nuestra nave. Después de todo, no dejan de ser extrañas y no podemos mostrarles el funcionamiento de nuestra nave. Eso queda dentro de las ordenanzas siderales. ¿No es cierto, Emerson?

—Sí, así es. Creí que quería saltarse todas las ordenanzas como nos tiene acostumbrados.

—Sólo nosotros podremos subir a visitarlas y personal femenino.

—¿Ustedes si podrán subir? —preguntó Galatea.

—Si usted no se opone.

—¿Y por qué habría de oponerme?

—Entonces, ¿aprobado? —inquirió Xacman deseoso de zanjar la cuestión.

—Por mi parte, sí —aceptó Showang—. Yo voy manteniendo entrevistas con la princesa Kalina para un posterior establecimiento de relaciones diplomáticas entre ambas civilizaciones, si es que no somos exterminados por los humanoides de Gowm.

—Puede que nuestra aparición sea una sorpresa para los humanoides de Gowm y ya se sabe que la sorpresa siempre es una baza a favor para conseguir el éxito —estimó Emerson.

—Depende de cómo se hayan fortificado en el planeta Vonel —puntualizó Xacman—. De todos modos, hay que dar sensación de normalidad incluso entre la tripulación. Puede que estemos volando casi a la velocidad de la luz hacia nuestra propia desintegración.

Xacman quedó un poco más tranquilo al aprobarse la prohibición de que las hijas de Vonel descendieran a la nave nodriza, provocando con su exuberante presencia carnal a los varones terrícolas.

Cuando se solucionara el problema de los humanoides de Gowm, si es que salía con vida de la inevitable batalla sideral, habría tiempo para discutir la posibilidad de unión entre los terrícolas y las vonelitas, como tantas y tantas veces había ocurrido a lo largo de la historia de la civilización terrestre.

Todas las razas se habían mezclado entre sí y sólo los

segregacionistas natos habían tratado de poner obstáculos a estos cruces que, a la larga, habían dejado de tener importancia. Todo había quedado reducido a la libertad del individuo. Cada ser, hombre o mujer era libre de aparejarse con quien más le gustase y está fraternización de las diversas razas y la unión de las nacionalidades en una gran confederación, había eliminado las guerras en el planeta y sus colonias extraterrestres.

Si había un interés de apareamiento entre las bellas féminas de Vonel y los varones terrícolas, nadie podría evitarlo, Xacman lo sabía, pero le preocupaba el estado en que había quedado el teniente Sesang. Si corría la voz de cómo lo había pasado el teniente con la vonelita, ¿quién querría regresar en la nave a la Tierra?

Aquello podía ser tan peligroso y problemático como la más alucinante de las drogas afrodisíacas.

La X-Nidal-20, tras autopropulsarse a sí misma, cruzaba el espacio sideral a la más alta velocidad desarrollada por aquella nave. Para todos representaba una profunda emoción el momento de cruzar el campo del último de los planetas del Sistema Solar y pasar a la influencia de otra estrella, un sol más pequeño que el que caldeaba y daba vida al planeta Tierra.

Al parecer, Vonel estaba más próxima a su sol y gracias a ello gozaba de un clima muy semejante al del planeta Tierra.

No se había ocultado a los miembros de la tripulación que casi inevitablemente tendrían que entrar en combate con los humanoides de Gowm para liberar al planeta Vonel y al mismo tiempo abortar un nuevo intento de invasión sobre la Tierra y sus colonias, Nadie había demostrado miedo. Cuantos componían la dotación, lo mismo los pilotos de combate que los mecánicos de la gran nave nodriza, habían sido seleccionados con mucho detenimiento, ya que en cualquier momento cabía esperar un nuevo ataque de los humanoides de Gowm que no por haber sido derrotados y. rechazados en una ocasión iban a dejar de intentarlo de nuevo tras prepararse mejor.

El mayor Xacman era consciente del poder de sus astronaves de combate y también de los potentes cañones con que iba dotada la X-Nidal-20.

Sabía todo el daño que aquel armamento podía causar en un combate feroz que, indudablemente, causaría una gran destrucción.

Había quedado ya en los museos de armas lo que otrora fuera considerada la bomba definitiva, es decir, la bomba de neutrones que segaba toda vida orgánica y no alteraba las edificaciones y todo lo que ya en sí mismo careciese de vida. Sí, había sido desechada desde que fuera descubierta la coraza invisible que detenía tales neutrones haciéndolos ineficaces. Por ello, se había regresado a las armas de destrucción total, a las armas desintegradoras, armas nucleares de gran potencia para ser utilizadas en el espacio.

Misiles de gran acción termonuclear, disparos de láser en varias frecuencias de onda y los terribles Súper ultra sónicos, que en disparo rectilíneo perforaban cuanto se les ponía delante y desmoronaban incluso montañas provocando seísmos artificiales.

Xacman no podía ignorar todo el poder destructor que llevaba a bordo para defenderse y atacar a los humanoides de Gowm allá donde quiera que se encontrasen, ya que estaban declarados por los terrícolas como enemigos irreconciliables.

Xacman había resuelto mantener una charla con la princesa Kalina, a la que ya hacía muchas horas que no veía.

Había evitado su presencia, pues no podía impedir sentirse atraído hacia ella. También le atraía Galatea, pero ésta persistía en su actitud despectiva y arrogante.

Xacman había tenido la impresión de que, en algún momento, Galatea había tratado de ceder en su actitud, de humanizarse un poco, de ser menos burócrata.

Xacman, andaba algo preocupado, se dirigió al túnel que unía la Nidal con la nave vonelita. Pasó frente a los dos vigilantes que le saludaron como era de rigor debido a su jerarquía. Le dejaron pasar

porque era uno de los tres únicos varones terrícolas que podía subir por el túnel a la nave de las vonelitas.

La princesa Kalina le recibió en su sala semicircular sentada en su pequeño trono. Las demás mujeres de Vonel no se hallaban presentes, debían estar en otras dependencias de la nave. En realidad, ellas sólo debían cuidarse del mantenimiento y, la alimentación, pues del resto se ocupaba la nave nodriza que la transportaba en su lomo.

—Bienvenido, mayor Xacman.

—Hola, princesa, quería hablar contigo.

—Pues a mí me ha parecido todo lo contrario. Me siento prisionera en mi propia nave, es como si nos hubierais secuestrado cuando os creíamos nuestros salvadores.

—No os hemos secuestrado; os estamos regresando a vuestro planeta y en esta misión arriesgamos la vida todos los terrícolas que formamos la dotación de la Nidal. Deberías tenerlo en cuenta, princesa Kalina.

—¿Por qué habéis apostado dos vigilantes que nos impiden el paso?

—Tenemos unas ordenanzas, unas leyes internas. Nuestra nave está dotada para la guerra y vosotras no dejáis de ser extrañas.

—No os fiáis de nosotras, ¿verdad, terrícola?

—Llámame Xacman. Cada vez que hablas me da la impresión de que te distancias más y más de nosotros y yo quiero hablar contigo.

—¿Sabes que desde que nuestra nave fue anclada sobre la vuestra solo ha estado aquí el embajador Showang y tú ahora?

—Lo sé.

—¿Debo pensar que habéis prohibido al resto de los machos terrícolas que suban a visitarnos?

—Sería peligroso en estas circunstancias. Pronto llegaremos a las proximidades de tu planeta y los hombres deben estar preparados

mentalizados para el combate, no deben distraerse. Se están estudiando cuadros de combate contra un seguro enfrentamiento entre los humanoides de Gowm y nosotros; tenemos muy pocos datos sobre ellos, estamos trabajando al respecto.

—Vosotros sois superiores, ya los vencisteis en una ocasión.

—Puede que ahora cambien las tornas. Además, ahora somos muy inferiores en número. Tú misma no has sabido decirme de cuántas astronaves de combate disponen los invasores.

—Da la impresión de que nos teméis.

—¿Por qué habríamos de temeros?

—¿Por qué entonces esa prohibición de que suban los varones, por qué no existe idéntica prohibición con vuestras hembras?

—Verás, los terrícolas en determinadas ocasiones practicamos el nudismo, es decir, en lugares de solaz, de playas, de vida en la naturaleza. Es una forma de sentirse mas integrados con la naturaleza de la que hemos salido; pero luego, en la vida laboral, ya ves cómo vestimos.

—¿Es que nuestros cuerpos os asustan?

—No nos asustan, nos atraen y eso es normal en un varón terrícola. Sois muy bellas y vuestros trajes totalmente transparentes no ocultan nada de vuestros atractivos femeninos. Para nosotros, vuestra visión constante es una incitación a desearos.

—¿Y eso es malo?

—No soy un filósofo ni un psicólogo, pero vosotras sois siete mujeres y en la nave terrícola hay más de ciento cincuenta varones. Si todos quisieran lo mismo se suscitarían problemas, ¿no crees?

—Comprendo ¿y si nos vistiéramos como vuestras hembras podríamos descender a vuestra nave?

—Lo discutiremos en su momento; ahora he venido a tratar otro tema contigo, princesa Kalina.

Ella se levantó de su trono y paseó su belleza por delante de los ojos de Xacman que no podía evitar mirarla y admirarla.

Kalina avanzó por delante de Xacman sin acercarse a él concretamente y evolucionó con una terrible sensualidad. Sus muslos se apretaban uno contra el otro y las caderas ondulaban con una suavidad que recordaba el agradable oleaje de los mares terrestres.

Alzaba su esbelto cuello, su mentón, y al hacerlo erguía sus senos bien delimitados entre sí, formando un atrayente canal. Parecía que el traje protector no existiera debido a su transparencia. El color de los pezones se realzaba con un brillo repleto de vitalidad, lo mismo que los labios ligeramente húmedos por un aliento cálido.

Los ojos grandes estaban bien sombreados por espesas cejas y pestañas también de color púrpura como el resto del pelo y vello.

Kalina se ladeó y Xacman contempló la espalda femenina y su proyección hacia los muslos con todas sus curvas sinuosas.

Parecía increíble que si aquellas mujeres jamás habían hecho el amor como lo entendían los terrícolas debido a que para ellas el acto procreativo era algo sencillo y sin importancia aparente, pudieran mostrarse ahora tan sexuales y excitantes.

Kalina irradiaba la fuerza y el magnetismo de una estrella que esclaviza y atrae a los planetas para consumirlos dentro de su fuego. Y parecía que el mayor Xacman se iba a consumir en aquel fuego llegado de mundos desconocidos...

—¿Me tienes miedo, Xacman?

—¿Miedo, por qué?

—Yo soy la princesa y si conseguimos derrotar a los humanoides de Gowm seré la reina de mi planeta.

—Eso será problema del pueblo de Vonel.

—No lo pongas en duda, Xacman, seré la reina y tú eres un ejemplar extraordinario de varón terrícola. Eres el jefe.

—No, yo no soy el jefe. En la misión que formamos somos cuatro jefes y también entra la representación democrática de los restantes miembros de la dotación.

—Si tu quisieras, serías el jefe. Eres más alto, más joven, más

fuerte e inteligente que Emersom y Showang

—Si sigues así, terminaré por creérmelo y me convertiré en un narciso.

—¿Narciso, qué es eso?

—Narciso es el que se enamora de sí mismo y es incapaz de enamorarse de los demás.

—Tú no te amas a ti mismo, tú eres capaz de entregarte a los demás.

—Puede ser, pero eso hay que demostrarlo cuando llega la hora de la verdad y entonces las palabras sobran.

—¿Te ha dicho el teniente Sesang que tuvo una relación perfecta con Trea?

—Sí.

—Nosotras desconocíamos el placer que se puede conseguir en relación procreativa que vosotros llamáis amorosa.

—Pues ya ves, lo que para vosotras constituye un deber, para nosotros es un placer y que siga así para siempre. No digo que sea lo más importante, pero sí que es una de las cosas más hermosas de nuestra vida. Después de todo, es el momento crucial de crear la descendencia.

—¿Por qué no probamos tú y yo? Un jefe nato con una reina tiene que ser extraordinario —musitó acercándose a él de frente, apoyándose con las puntas de sus pechos contra el hombre mientras sus dedos ágiles y finos jugaban con las orejas y los cabellos masculinos.

Xacman no pudo dejar de recordar todo lo que le contara el joven teniente Sesang, sus sensaciones, y tuvo la impresión de que se le secaba el paladar y la nuez tenía dificultades en el deslizamiento ascendente y descendente dentro de su garganta.

Resultaba difícil sustraerse a un placer que se ofrecía tan fácil y espléndido ¿Sería todavía superior Kalina a su súbdita Trea en el arte del amor? ¿Cómo podían haber aprendido tanto en tan poco tiempo?

¿Lo llevaban en su memoria genética?

—Quizá para ti no sea oportuno aún pensar en la unión con un terrícola. Después de todo, somos unos extraños para vosotras, y tenéis la mentalidad de que el varón es un ser inferior al que domináis y recluís en habitáculos donde los alimentáis hasta el día que necesitáis de su facultad procreativa. El varón terrícola es muy diferente; por naturaleza es razonador, independiente y conquistador, aunque acepte el orden y la disciplina, ya que de otra forma no es posible convivir en grupo. No nos gustan las órdenes ni que nos encierren.

—Yo no te encerraría más que para mí misma, para unirme a ti.

—¿Y luego?

—Serías libre —dijo ella con voz ronca, rozando sus labios contra los del hombre, excitándolo lenta, pero evolutivamente.

Xacman iba perdiendo sensación de peso; luego, sentía ligeras oleadas de calor y frío y su piel se estaba sensibilizando, convirtiéndose toda ella en erógena

—¿Libre para qué?

—Para lo que tú quisieras.

—¿Admitirían tus súbditas que un varón tuviera libertad de acción y comenzara a ser diferente a lo que había sido un varón en Vonel con anterioridad?

—Yo sería la reina y se aceptaría mi voluntad.

—Lo siento, no me gusta el papel de consorte; en la Tierra, a eso más o menos le llaman el braguetazo.

—No te entiendo, pero deseo que nos unamos. Tú también lo deseas tan ardientemente como yo, lo sé.

Aplicó sus labios justo sobre los de Xacman y los oprimió sin cerrarlos.

El aliento pasó de uno a otro y las manos de Xacman se alzaron. Por primera vez se posaron con intención posesiva sobre las caderas de la vonelita y no necesitaba atraerla hacia sí porque ella ya se

oprimía contra él.

—¿Interrumpo?

Ambos quedaron sorprendidos y separaron sus rostros, sus labios húmedos, sus dientes entreabiertos. Sus ojos, aún semicerrados y como enfebrecidos, miraron hacia la puerta. Allí estaba quien acababa de preguntar.

—Galatea.

—Hola, mayor Xacman. Le veo muy ocupado en sus relaciones amistosas con la princesa extraterrestre. Si molesto, me retiro.

—No, no, un momento... —Se separó de Kalina que seguía con los ojos muy abiertos, pero cuya mirada de pronto parecía haberse enfriado y hecho más dura. Las pupilas púrpura fulminaban a la que consideraban una intrusa.

La capitán Galatea se cubría con la capa de gran gala que solían llevar los capitanes astronautas en las ceremonias más importantes. Una cadena dorada la unía por encima del pecho, terminando en un gran broche. El cabello rubio de la mujer caía espléndido, esponjoso y suelto sobre la capa de color violeta fosforescente.

—He venido a darle las gracias a la princesa Kalina

—¿Por qué vienes a dármelas? —preguntó Kalina, controlando su disgusto.

Galatea se soltó la cadena que sujetaba la capa, la echó hacia atrás y la capa cayó al suelo, Xacman parpadeó entre sorprendido y admirado.

—Porque el traje que me regaló me sienta bien, es de mi medida.

El traje transparente de las vonelitas se amoldaba como el más fino de los guantes sobre el cuerpo extraordinario de Galatea, un cuerpo del que ella aún no había sacado todo el placer que podía dar y recibir noblemente con él.

A Galatea, aquel vestido transparente le sentaba como una

segunda piel que hacía relucir aún más la suya propia El color de los labios o de las areolas de sus mamas pues también eran fuertes de color, de un color cereza intenso.

Kalina, apartándose de Xacman, avanzó hacia Galatea que permanecía quieta con los pies juntos, rodeada por la capa violeta fosforescente caída en el suelo.

La mujer terrícola mantenía una sonrisa suave en sus labios, se daba cuenta que había causado el impacto deseado y ganado el terreno perdido. Dejó que Kalina la rodease por completo, que caminase en torno a ella contemplándola y como evaluando sus posibilidades hasta que volvió a colocarse delante de ella y la extraterrestre admitió:

—Terrícola, eres tan perfecta que merecerías ser una hija de Vonel.

—¿No será, vonelita, que por su perfección física usted merecería ser una terrícola? —le replicó Galatea en el mismo tono.

—Terrícola, tienes la arrogancia de una princesa y no lo eres.

—En la Tierra tenemos una confederación democrática. Ya quedaron atrás las autocracias que convierten al prójimo en siervos cuando todos al nacer somos iguales. Cada cual ha de ganarse su puesto a pulso y la jerarquía alcanzada jamás debe servirle para abusar del prójimo.

—Galatea, estás admirable en todos los sentidos —opinó Xacman, espontáneo y sincero.

—Creo que estás en un apuro, Xacman —dijo Kalina maliciosa.

—No me siento apurado. Sigo siendo quien soy y no soy esclavo de mis sentidos —replicó.

—Creo que la terrícola te ama.

—Yo no he dicho tal cosa —puntualizó Galatea.

—Es obvio, no hace falta que lo digas ¿Te hubieras puesto el traje que te regalé para otros hombres, acaso para el comandante Emerson?

Galatea permaneció callada, tensa rehuyendo la mirada de Xacman que preguntó:

—¿Por qué no respondes?

—No voy a someterme a ningún interrogatorio, no estoy en situación de inferioridad. En la X-Nidal-20 soy tan comandante como el propio mayor Xacman; cada cual tiene su comandancia específica, pero ninguno de los dos tiene jerarquía sobre el otro, son nuestras leyes. En cuanto a usted, princesa Kalina, es nuestro huésped accidental, la estamos ayudando. Gastamos nuestra energía y también nuestras vidas por salvarla a usted, a su trono y a sus súbditas.

—Bueno, la terrícola enseña sus garras —sonrió la princesa más segura de sí misma—. Ahora, cambiando de tema, me gustaría mostraros un poco mi nave.

—¿Es necesario? —inquirió Galatea.

—¿Por qué no? —dijo Xacman—. Ya que has venido, la visitaremos juntos.

—No me interesa ver motores ni paneles de control de mandos.

—No, os mostraré la sala del relajamiento y bienestar, a ella nos acogemos nosotras cuando nos sentimos un poco mal, mareadas o simplemente con algo de jaqueca o mal humor.

—¡Xacman!

—¿Sí, Galatea?

—¿Por qué no regresamos abajo?

—¿Tiene miedo la terrícola?

—Yo no tengo ningún miedo —replicó irguiéndose—. Vamos.

Las otras vonelitas no aparecían por parte alguna, era como si se hubieran encerrado en alguna estancia de la nave, iluminada de forma muy agradable y parecía que su sistema para compensar la desgravitación era bastante bueno.

Todo estaba limpio, pulcro y suavemente iluminado por luces indirectas y de colores distintos que en vez de molestar,

tranquilizaban, relajaban los nervios. No se encontraba uno a cada trecho con un potente foco que le obligara a parpadear sino todo lo contrario. Los ojos se descansaban al mirar bajo una luz suave, sin oscilaciones ni violencias fotónicas que hubieran podido producir jaquecas.

Se abrió una puerta automáticamente y la princesa pidió:

—Entrad.

Galatea fue la primera en pasar a la estancia y Xacman la siguió.

Desde el exterior, la princesa les dijo:

—Voy a buscar una cosa que quiero mostraros, aguardad. No os impacientéis si tardo.

Xacman y Galatea se miraron a los ojos, interrogantes. La puerta se cerró automáticamente y pudieron darse cuenta de que se hallaban en una sala circular con las paredes llenas de espejos verticales. No era uno entero sino muchos, con una anchura no superior a dos palmos y tenían la particularidad de que eran de diferentes colores.

En el suelo había almohadones y en la estancia se respiraba muy bien. La temperatura resultaba agradable, quizá algo cálida.

—¿Se sentarán en estos almohadones para descansar? —preguntó Galatea que al sentirse a solas frente a Xacman adquirió más conciencia de la transparencia del traje de vonelita que vestía.

Los espejos semejaron girar en torno suyo y Xacman opinó:

—Apostaría el cuello a que ahora nos sería muy difícil descubrir cuál de los espejos es la puerta por la que hemos entrado.

Galatea observó a su alrededor y tras escrutar los cristales, asintió.

—Es cierto —Se acercó a uno de los espejos que no cedió y tampoco los que estaban junto a él—. Estamos prisioneros.

—No lo creo —contestó Xacman.

—Entonces, ¿por qué no podemos salir?

—Kalina ha dicho que nos esperemos y creo que no tendrá prisa en regresar.

—¿Supones que ha querido gastarnos una broma?

—Es posible, porque nada iba a ganar encerrándonos. Ni ella ni ninguna de sus súbditas puede pasar a la nave nodriza y por muy importantes que seamos, tampoco somos indispensables abajo. Me inclino a pensar que se trata de un juego.

—¿Qué clase de juego?

Por la estancia se expandió una agradable fragancia que no molestaba sino todo lo contrario, una fragancia que se metía por la nariz, por la boca, por los poros del cuerpo. Sonó también, de forma apenas perceptible, una música que estimulaba las mismas neuronas.

—Te voy a decir algo, Galatea.

Ella le miró de nuevo y quedaron frente a frente.

Si sus ojos se ladeaban, tenían que encontrarse forzosamente con los espejos que devolvían sus imágenes desde todos los ángulos, ya que les circundaban por completo. Lo más excitante era su diversidad de colores, un sistema muy difícil de conseguir y que daba a la escena un ambiente onírico.

—En esta salita de los espejos estuvo el teniente Sesang.

—¿El teniente Sesang con la vonelita?

—Si, parece que utilizaron esta estancia para amarse.

Galatea miró inquieta en derredor. No había escapatoria y estaba segura de que aunque arremetiera con sus puños contra los espejos no lograría romperlos. Era como una maravillosa celda donde su imagen y la de Xacman se multiplicaba, de tal forma que mirasen donde mirasen siempre se encontraban.

—¿La princesa Kalina se quiere burlar de nosotros?

—No lo sé, yo más bien diría que desea ponernos a prueba

—¿A prueba de qué?

—Se ha dado cuenta de que me amas.

—¡Yo no he dicho tal cosa!

—Ella tiene razón. Si no hubieras sentido algo por mi no te hubieras presentado con ese traje transparente.

—De modo que me he puesto en ridículo, ¿eh?

—No, yo diría que te has despojado de inhibiciones, que te has esforzado en ser más natural porque te has dado cuenta de que a la princesa Kalina eso le iba muy bien. Lo que debe de querer averiguar ahora Kalina es si yo te amo a ti.

—¿Tú? ¡Tú eres de esa clase de hombres que no aman a una sola mujer, que se pasean de una a otra importándole muy poco los sentimientos!

—Eso es lo que tú piensas. Quizá sea lo contrario, que haya ido de una a otra en tontos amoríos por temor a dar con una mujer como tú.

—¿Qué tengo de especial?

—Mirándote con los ojos abiertos, mucho, y con los ojos cerrados, más. Sé cuánto vales, pero no me gustaba tu forma de comportarte, digamos que te temía.

—¿Por qué habrías de temerme?

—Porque hasta ahora dabas la impresión de desear mantener una lucha de sexos y no creo que eso sea unión, sino separación y malestar.

—Yo no quería ser así, pero tu comportamiento me hacía poner en guardia. No quería ser un amorío más, me respeto demasiado a mí misma para caer en esa trampa.

Xacman avanzó hacia ella y se detuvo a menos de un palmo. Galatea no se movió, le aguantó la mirada

—¿Te has dado cuenta de que vamos hacia una batalla quizá desesperada contra los humanoides de Gowm, que quizá no salgamos con vida de ella?

—Sí, lo sé.

—¿Y quieres ir hacia la muerte negándote a ser mujer?

—Mujer significa debilidad.

—No para mí, yo quiero una mujer a la que pueda amar de igual a igual sin imposiciones, cada uno con su carácter y respetándose mutuamente. Para mí, amar es entregarse de tal forma que al otro, por lo menos para compensar, no le quede otro remedio que dar y dar, amar sin trabas; ni inhibiciones, olvidándose del entorno, del pasado y del futuro y hasta del presente, porque los dos, abandonados, nos hundiremos en una dimensión en la que no habría ni tú ni yo. No sé si dentro de unas horas estaré desintegrado, atomizado en el espacio cósmico, pero sí sé que antes me gustaría haber conocido el amor de verdad, ese amor del que te estoy hablando.

—¿De verdad piensas del amor en esa forma que ahora me hablas?

—¿Crees que miento?

—Podrías hacerlo para vencer mi resistencia —susurró ella.

Xacman tuvo la impresión de que estaban quitando algunos grados de gravitación en aquella estancia y que sus cuerpos pesaban menos. ¿Se detendría la desgravitación o quedarían flotando entre los espejos?

—A lo mejor preferirías que estuviera aquí la princesa Kalina en vez de yo —le dijo con un débil susurro, casi temblorosa, temiendo que él pudiera decir que sí.

—¿No ves que la propia Kalina se ha dado cuenta de que con quien de verdad quiero estar es contigo?

Galatea no retrocedió cuando notó las manos de Xacman sobre su cuerpo, unas manos que se deslizaron con sabiduría y experiencia haciéndola estremecer mientras los labios la besaban y a ella le complacía tanto la caricia que se entregó a ella poniendo de su parte todos aquellos movimientos, aquellas acciones que su instinto le pedía sin preguntar cómo ni por qué ni si era lo mejor.

Los ojos se le cerraron mientras los espejos daban vueltas. Se veían reflejados y le gustó rozar con su mejilla el vello rizado del tórax masculino. Faltaba gravedad y le faltaba aire en los pulmones,

Xacman parecía robárselos con sus besos.

La fragancia se hizo excitante y entre la música se mezclaron sus suspiros y jadeos mientras por el suelo entre almohadones, quedaba esparcida toda la ropa, transparente y no transparente. Nadie les molestaba y el teniente Sesang había tenido razón al decir que ningún lugar como aquél para gozar del amor en su máxima plenitud porque no había nada, absolutamente nada, que cohibiera o molestara. Todo ayudaba y era como una droga afrodisíaca sin poseer la más mínima toxicidad. Aquello era el amor físico y espiritual llevado hasta donde la propia Galatea habla soñado que debía llegar.

CAPÍTULO VIII

Vonel apareció en las pantallas de TTV de la X-Nidal-20.

Las ultrasensibles cámaras lo tenían enfocado y los demás sensores iban recibiendo datos del planeta.

—Es idéntico al planeta Tierra —comentó Galatea que lucía un maravilloso color sonrosado en sus mejillas y sus ojos brillaban con una gran vivacidad pletóricos de vida. No había en su rostro el más mínimo rictus de malestar.

—Se parece mucho —admitió el comandante Emerson, que había aumentado su gravedad desde que advirtiera el cambio operado entre Galatea y Xacman, lo que le quitaba a él todas las posibilidades con respecto a conquistar a la bellísima capitán.

—Seguramente habrá diferencias y su estrella solar está más próxima pero sí hay que admitir que es azul como la Tierra

—En unas cuarenta horas habremos llegado a su órbita —dijo Xacman— Hay que tomar una órbita lo mayor que se pueda para operar cómodamente con las astronaves de combate.

—Sí, yo también lo creo conveniente —aceptó el comandante Emerson— Tendremos todo el armamento de la Nidal listo para rechazar cualquier ataque de las astronaves de los humanoides de Gown y deberá dejar algunas de sus astronaves cerca de la nave nodriza, porque si somos rodeados el regreso a la Tierra resultaría muy problemático.

—Descuide.

—Creo que será bueno que se llame a la princesa Kalina para que baje aquí y pueda ver a través de las telepantallas —opinó el embajador Showang.

—Sí, a mí también me parece lo más acertado. ¿Por qué no va a buscarla mismo y la trae? —propuso Xacman.

—¿De acuerdo, comandante Emerson? —interpeló el embajador

—Sí, hay que advertirla de lo que pueda ocurrir.

—Bien, ahora vuelvo.

El embajador oriental se marchó y Galatea Preguntó a Xacman:

—¿Crees que tenemos alguna posibilidad de derrotar a los humanoides de Gowm?

—No lo sé, depende de lo fortificados que estén en ese planeta. Nuestros pilotos son mejores que los suyos, pero ellos pueden ser muchos más y la superioridad numérica siempre es importante. De todos modos lo que es seguro es que tendremos muchas bajas. Hay que programar un ataque combinado.

—Si no aparece ninguna astronave enemiga en el radar, dentro de veinte horas daremos la alerta —propuso el comandante Emerson.

—Sí, y diez horas después la alarma, si es que no les vemos venir antes en nuestra búsqueda.

—Puede ser una batalla tan desigual que termine con nosotros y eso les envalentone para intentar una nueva invasión a la Tierra —opinó el comandante Emersom con cierto pesimismo.

—Aunque todos desaparezcamos en la lucha, aunque seamos nosotros los derrotados, les causaremos tantas bajas en material y

soldados que forzosamente tardarán mucho tiempo en reponerse —dijo Xacman, dispuesto a morir luchando contra aquellos invasores que estaban esclavizando el planeta Vonel.

—¿Ha enviado el mensaje a la Tierra advirtiendo que ya tenemos localizado nuestro objetivo? —preguntó Galatea al comandante Emerson.

—Sí, pero tardarán mucho tiempo en recibirlo y nosotros ya no podemos esperar respuesta. Si después del último comunicado, justo antes de la batalla sideral, no se reciben más partes nuestros en la Confederación comprenderán que hemos sido exterminados y ellos se armarán más y mejor ante la posible invasión de los humanoides de Gowm.

Iban llegando datos de los sensores de infrarrojos, ultravioleta y rayos gamma, todos los sensores funcionaban al máximo. El cerebro electrónico computaba datos y establecía mapas del planeta según las refracciones que recibía. Para los sensores no era ningún obstáculo la atmósfera que envolvía al planeta.

La princesa Kalina apareció en el puente de mando de la X-Nidal-20 que cumplía la más difícil, arriesgada y lejana misión que jamás se le encomendara. La espléndida vonelita bajaba tensa y un tanto fría. Era la primera vez que se le permitía descender a la nave de los terrícolas. Por su parte, ella había sido visitada en su nave una nave no armada y muy sencilla, comparada con los avances de que disponían los terrícolas, más preparados para la lucha y mejor dotados para rechazar cualquier invasión venida del espacio.

—Mire a la pantalla, princesa Kalina.

Los grandes ojos de pupilas púrpura de la princesa se clavaron en la pantalla y al ver el planeta azul lo reconoció de inmediato:

—¡Vonel!

Todos se percataron de que las facciones de la princesa se distendían. Parecía emocionada al ver de nuevo su planeta del que había tenido que huir en una nave tocada y pensando que ya jamás

podría volver a verlo.

—En menos de cuarenta horas llegaremos a él —dijo el embajador Showang con la lentitud que le era característica.

—Princesa Kalina —interpeló Xacman.

La hermosa mujer, que había bajado al puente, cubierta con la capa que le prestara la propia Galatea por si en alguna ocasión debía descender a la Nidal, evitando así ser centro de todas las miradas masculinas como era inevitable por la transparencia de su atuendo, se volvió hacia el comandante de las astronaves.

—¿Querías decirme algo, Xacman?

—Si, voy a dirigir la ofensiva contra las astronaves de los humanoides de Gowm y los fortines desde nos disparen.

—Espero y deseo que pidáis vencerles.

—Vamos a luchar y posiblemente seamos exterminados —comenzó a decir Xacman.

—Sé que lucharéis como sabéis hacerlo los terrícolas.

—Sí, lucharemos para tratar de echar de Vonel a los invasores y también para evitar que nuevamente intenten invadir nuestra Confederación, no somos hipócritas; sin embargo, nuestras fuerzas son limitadas. Si nuestra nave nodriza queda seriamente averiada, ya jamás podremos volver a la Tierra. La lucha será durísima y la Nidal se mantendrá a distancia para evitar ser tocada.

—Vosotros sabéis cómo luchar.

—Estoy tratando de decirte que en los ataques no podremos hacer distingos. Dispararemos contra las astronaves y las fortificaciones de los humanoides de Gown en la forma más dura y drástica, será una guerra a muerte y eso es ahora lo más importante que te voy a decir —se detuvo esperando a ver cómo recibía ella sus palabras.

—Sigue, Xacman. Sé que eres sincero y que lo que tengas que decirme lo harás sin vacilaciones.

—Pues adelante. Debo decirte que en la batalla posiblemente

morirán muchas de tus súbditas. Para ser liberado de sus invasores, el planeta se convertirá en un infierno, no podremos evitar la muerte de seres inocentes. Desde la distancia a que lucharemos no se podrá precisar, no dispararemos al sujeto sino a los focos armados.

—Lo comprendo y no puedo quejarme de nada. Aunque mueran muchas de mis súbditas, lo importante es que los invasores sean derrotados. Sé que hay que pagar un precio por la liberación y cuanto más bajo sea, mejor, pero si tiene que ser alto, lo aceptaremos resignadas.

—¿Tienes algún medio de proteger las vonelitas? —preguntó el comandante Emerson.

—Hay galerías subterráneas. Posiblemente, muchas de mis súbditas se hallen escondidas en esas galerías, huyendo de los invasores.

—Mejor así —aceptó Xacman—. Quizá sería bueno enviarles algún mensaje.

—¿Es posible eso? —preguntó Kalina interesada

—Sí, se puede hacer una grabación enviarla en un satélite con amplificación. Repetirá el mensaje hasta que sea destruido por el fuego de los humanoides de Gowm.

—Podemos intentarlo —dijo por su parte el embajador Showang.

Galatea se ofreció:

—Yo llevaré ese satélite con supraaltavoz y lo lanzaré desde mi propia astronave de combate.

—Pues no resta más que ponerlo todo en marcha. En pocas horas, los servicios de escucha de los humanoides de Gowm nos detectarán y se prepararán para la ofensiva.

—Espero que no sepan que somos terrícolas hasta el último momento —observó el comandante Emerson.

—Es verdad. Los humanoides de Gowm saben ya que los terrícolas sois muy combativos y bien preparados para la lucha. Si no se enteran hasta el último instante, las fortificaciones que hagan serán

inferiores aunque, después de todo, en mi planeta ellos se consideran muy tranquilos. La invasión les resultó fácil.

El embajador Showang opinó:

—Ellos detectarán una nave en el espacio acercándose al planeta invadido y será una incógnita, pero no llegarán a suponer que esa nave represente un gran peligro. Ignorarán que esta nave es nodriza y que alberga en su interior una escuadrilla de astronaves de combate, las mejores de la milicia astronáutica terrícola, las que poseen mejor armamento y están dotadas con los pilotos más capacitados.

—La sorpresa ha de ser una de nuestras bazas a favor. Es posible que después de la primera oleada de invasión, cuando la princesa Kalina pudo escapar, hayan llegado nuevas oleadas de los humanoides de Gown. Tienen un planeta que se les ha quedado pequeño y su actitud invasora está motivada porque precisan nuevos planetas donde expandirse sin contar con que los otros planetas ya están habitados. Deberían luchar por hacer habitable un planeta que esté desierto, pero parece que les resulta más fácil invadir y exterminar a sus víctimas.

Todos miraban al planeta Vonel, azul, hermoso, pero aún pequeño debido a la distancia a que se hallaban de él pese a la gran potencia de las supratelecámaras. Los humanoides de Gowm no podrían captarlos a su vez. Cuando los detectaran en el espacio, al principio los confundirían con un meteorito errante y tardarían en identificarles como una nave espacial. Y más tardarían en evaluar su volumen, su masa, lo cual les sería difícil en principio al ser la nave casi cilíndrica vista desde la proa. Luego, ya llegaría el momento de desplegar majestuosamente las alas en las que se guarecían las astronaves de combate frente a sus escotillas por las que saltarían al espacio dispuestas a la lucha. A partir de aquellos momentos en que cruzaban el espacio sideral a velocidades jamás imaginadas por los terrícolas del siglo XX, aproximándose al planeta Vonel, ya no se

enviaban mensajes al espacio para no delatar su posición al enemigo.

A la elevadísimo velocidad de crucero que llevaba la X-Nidal-20 era casi imposible dar la vuelta en un espacio inferior a unas miles de millas. La fuerza de inercia lanzaba la nave de tal forma hacia su objetivo que como no funcionasen en el momento justo los retrocohetes para poner la nave en la órbita elíptica, terminaría estrellándose inevitablemente contra el planeta; sin embargo, nadie se preocupaba del asunto de las maniobras de la gran nave en que viajaban hacia planetas ignotos en busca de los extraños humanoides con boca de pico ganchudo, garras retráctiles capaces de desgarrar a un terrícola de arriba abajo en canal como atacado por un oso o un león y con cuerpos cubiertos por suave plumón.

Poseían una inteligencia evolucionada y pareja a la de los terrícolas sólo que su mente estaba ansiosa por invadir otros mundos que no les pertenecía. Todos los que no fueran de su propia especie eran enemigos, para ellos no cabía la negociación, la amistad ni la hermandad con los restantes pobladores del universo.

Cada planeta parecía ser en sí mismo una diminuta isla perdida en el océano Pacífico del planeta Tierra; cada grupo de habitantes se hallaba aislado de los demás por millones de millas en el vacío del cosmos donde no semejaba haber luz, calor ni frío; sin embargo, si un ser recibía el impacto de los rayos solares sin filtrar por las capas de ozono, se abrasaba, o si se colocaba tras el obstáculo más ligero que le privara de los rayos estelares, se convertiría en un bloque de hielo flotando en el espacio sideral para la eternidad, convertido en un extraño meteorito que viajaría como alma en pena de planeta en planeta, de estrella en estrella, de galaxia en galaxia y luego, ¿adónde?

CAPÍTULO IX

La alerta funcionó adecuadamente y todas las astronaves de combate permanecían listas ante sus bocas de salida. El armamento había sido repasado minuciosamente, se sabía seguro que entrarían en acción. Todas las astronaves de combate estaban cargadas a tope de munición correspondiente y se había comprobado una y otra vez la fiabilidad de los sensores para detectar los objetivos sobre los que deberían disparar.

Cada lugar donde brotara un disparo desde el planeta Vonel, despediría una oleada de infrarrojos y otras clases de radiaciones; estas oleadas serían captadas por los sensores de las astronaves y en el mismo instante, el computador de a bordo calcularía la posición. Al aparecer la luz verde, el piloto de combate solo tendría que oprimir el botón de disparo y el objetivo sería destruido. Más, mucho más difícil sería el combate en el espacio sideral donde las velocidades se hacían exorbitantes.

Cualquier maniobra de cambio de rumbo podía fallar y la astronave de combate quedaría a merced del enemigo.

Sonaron las chicharras, parpadearon las luces rojas. Cuantos componían la dotación de la gran nave terrícola se habían vestido para la ocasión, cascos, ropa antifuego y antigolpes, botas imantadas por si la fallaba la gravedad artificial, pequeños equipos de oxígeno líquido que saldría en forma de gas y en mínimas cantidades, por si la nave sufría una perforación y el aire era aspirado hacia el exterior.

En la enfermería se hallaban preparando el utillaje para las operaciones de primera urgencia, aunque el equipo médico sabía muy bien que solo podría atender a la dotación de la nave nodriza, pues los pilotos de combate que despegarían con sus astronaves, si eran tocados, ya no tendrían curación posible, pues quedarían desintegrados en el espacio, convertidos en miríadas de diminutas e irreconocibles partículas una vez se enfriase la bola de fuego, la diminuta estrella en que se transformarían durante brevísimos

instantes.

Todos parecían ir muy rápidos de un lado para otro y nadie se equivocaba de dirección. Cada uno de los componentes de la misión terrícola sabía muy bien cuál era su obligación y no había aturdimiento ni despiste. Cada terrícola, hombre o mujer, en aquel complicado engranaje funcionaba como una rueda más, como un tornillo imprescindible y la gran maquinaria de combate marchaba a la perfección mientras las luces rojas seguían parpadeando y las bocas de extinción de fuego automáticas aparecían preparadas. Bastaría un aumento de temperatura en alguna dirección para que ellas mismas se enfocaran y entraran en funcionamiento, cortando todo inicio de incendio a bordo.

—Seguro que ya estamos detectados —gruñó el comandante Emerson que dirigía personalmente la gran nave nodriza.

—¿Cuándo comenzará el combate? —pregunto el embajador Showang.

—Que sean ellos los primeros en venir hacia nosotros —dijo Xacman—, les daremos la gran sorpresa.

Aparecieron la capitán Galatea y la princesa Kalina que seguía cubierta con la capa de color violeta fosforescente.

—¡Xacman!

El interpelado se volvió hacia Galatea, escrutándola con sus ojos de acero.

—¿Listo? —preguntó.

—Si, ya tienes el pequeño satélite de supraaltavoz colocado en tu astronave con la grabación de la princesa Kalina.

—Magnífico. El teniente Sesang y yo seremos los primeros en salir.

—¿En solitario? —preguntó el comandante Emerson que temía una sacudida producida por el despegue de las astronaves al mismo tiempo.

—Sí. Si me sucede algo, si soy tomado, el capitán Velázquez

me sustituirá como comandante de la escuadrilla y proseguirá con el ataque.

—El capitán Velázquez es también un bravo piloto de combate —aprobó el oriental Showang.

—No entenderás nada de lo que he grabado, está en el idioma de las hijas de Vonel —advirtió la princesa Kalina que deseaba permanecer fría, pero que se hallaba muy emocionada. Ya estaba muy cerca de Vonel y los terrícolas iban a ayudarla a recuperar su planeta, a liberar a sus súbditas y atacar a los temibles invasores.

—Lo imagino. Cuando todo esto termine, si sigo vivo, quiero charlar un poco contigo, princesa Kalina, tengo algunas dudas.

—¿Que dudas?

—Te las preguntaré después si estoy vivo, claro.

—Atención, atención, las alas de despegue de las astronaves se están desplegando —advirtió el comandante Emerson, no solo para los que estaban cerca si no para toda la dotación de la gran X-Nidal-20.

Majestuosamente, la nave nodriza comenzó a dejar de ser un cilindro para convertirse en un gran pájaro alado, un pájaro artificial y cósmico de extraordinarias dimensiones.

Las alas se iban abriendo muy despacio, los rodamientos se deslizaban por las guías respectivas, apenas sin ruido, con gran suavidad.

—Tengo que marcharme, comandante Emerson. Si no volvemos a vernos quiero decirle que ha sido para mi un honor compartir el viaje con usted.

Los dos hombres estrecharon sus respectivas manos. Después, Xacman se volvió hacía el embajador Showang.

—Siga usted creando amigos para los terrícolas y que no tengamos enemigos. Hemos de buscar la hermandad en el espacio, no la guerra, pero si ésta es inevitable, hay que hacerle frente, hay que dar la cara.

—Como usted hace, muchacho.

Tras estrechar con fuerza la mano del embajador Showang, el personaje más frío, sonriente y reverencial de la misión, Xacman se encaró con la princesa Kalina.

—Como verás, vamos a luchar por tu pueblo hasta las últimas consecuencias.

—Os lo agradezco, terrícolas. Si en alguna forma puedo pagaros lo que hacéis hoy por las hijas de Vonel, solo tendréis que decírmelo.

Xacman se inclinó hacia ella, puso sus manos sobre sus hombros femeninos y la besó en ambas mejillas. Galatea les observaba sin decir nada y Xacman se volvió hacia ella.

—Creo que nos hemos comprendido un poco tarde.

—Más vale tarde que nunca aunque la frase sea un tópico —admitió Galatea que tenía dificultades para contener su emoción.

Sabía que aquella podría ser la última vez que viera con vida a Xacman, al hombre que amaba con todas sus fuerzas, sin trabas ni inhibiciones, el hombre con el que se aparejaría de forma definitiva si salían con vida del infierno cósmico que estaba a punto de desatarse.

—Procuraré volver. No voy a dejar que, muerto yo, otro se coma el mejor pastel que he probado jamás.

La besó en los labios y luego, sin añadir nada más, se apartó de Galatea dirigiéndose hacia la puerta que se abrió automáticamente ante su presencia.

Galatea extendió sus manos en el vacío como si quisiera apresarle, retenerle, mas no le llamó y tampoco hizo nada por cogerle. A su lado, Kalina comentó:

—Tu terrícola es un bravo, tienes suerte de que te haya escogido.

Mientras las palabras de la princesa quedaban flotando en el aire del puente de mando, el mayor Xacman se introducía en su astronave de combate. Llevaba colocado el traje de supervivencia espacial por si tenía que abandonar la astronave en vuelo y él

quedaba flotando en el espacio.

Se cerraron compuertas, se presurizaron cámaras y se abrieron las escotillas de despegue. Los dedos del mayor Xacman comenzaron a pulsar los botones de su panel de mando y se comunicó con sus muchachos, los mejores pilotos de combate espaciales de la Confederación Terrestre.

—Muchachos, os habla Xacman.

Se detuvo unos segundos que se hicieron tensos y eternos para los pilotos aposentados en sus respectivas naves con los atalajes de sujeción prietos para no salir despedidos por las durísimas sacudidas que iban a tener que soportar.

—Os he indicado ya nuestra formación de combate. Tenemos que ofrecer el mínimo de conjunto a nuestros enemigos. Todo está calculado para que no nos crucemos entre nosotros y nuestro propio fuego pueda batirnos por equivocación. Rodearemos el planeta por todos sus meridianos y siempre tendrán preferencia de atención las naves enemigas que consigan llegar al espacio. Tenemos ya un mapa de cuáles pueden ser sus fortificaciones. Los cerebros electrónicos os irán marcando los objetivos, pero atentos, ellos también son muy buenos pilotando sus astronaves. Hay que destruirlas si puede ser apenas despeguen de sus astrónomos para impedir que se conviertan en una nube de mosquitos para nosotros. Poco tengo que añadir; yo saldré el primero e iré al frente Si alguien tiene dificultades, que se comunique conmigo y si yo caigo —hizo otro breve silencio—, atended al capitán Velázquez. Suerte —Cortó.

En aquel momento, desde el puente de mando, el propio comandante Emerson le habló a través del videófono.

—Ya nos han localizado de pleno. Han despegado dos naves de su astródromo, se dirigen hacia nosotros.

—Magnífico, gracias a ese despegue ya sabemos dónde se halla su astródromo.

—Paso las coordenadas al cerebro electrónico de su nave

Xacman —dijo Emerson mientras pulsaba el teclado y las cifras quedaban en la memoria biónica de la nave tripulada por Xacman; luego, añadió—: Xacman, todos les deseamos suerte.

—Gracias, abran escotilla.

Se corrieron las escotillas y en el canto de las gigantescas alas de la Nidal aparecieron los morros de las veinte astronaves de combate, los motores ya estaban en marcha.

El teniente Sesang sabia que debía ser el primero en despegar junto a Xacman. Los demás aguardarían un breve espacio de tiempo para no delatar al enemigo toda la capacidad ofensiva de que disponían los terrícolas que llegaban para aniquilar a los invasores del planeta Vonel.

—¡Fuego!

La nave de Xacman salió disparada y casi al mismo tiempo, quizá una milésima de segundo más tarde lo hizo la del teniente Sesang.

Las dos naves cruzaron el espacio en dirección al planeta, pero en línea recta a las naves de Gowm que volaban hacia ellos, también con trayectoria rectilínea.

—¡Sesang, dale duro al de tu derecha!

—¡Oído, Xacman!

Los rayos brotaron al mismo tiempo de las dos naves terrícolas. En el espacio, frente al planeta azul de Vonel, aparecieron dos grandes bolas de fuego en que se habían convertido las naves tocadas por los cañonazos láser que las había alcanzado de lleno.

—¡Tocados! —exclamó Xacman.

—¡Esto va bien! —opinó Sesang.

Pasaron entre las bolas ígneas en que acababan de transformarse las naves de los humanoides de Gowm y en aquel momento, despegaron de la X-Nidal-20 cuatro astronaves más que se situaron detrás de las dos de vanguardia, pero a gran distancia.

—Atención, Sesang, ¡los mosquitos se arremolinan en su

astródromo!

—¡Captado, Xacman!

Ambos volvieron a disparar y los rayos fueron directos hacia uno de los astródromos de los humanoides de Gowm en el planeta Vonel. De inmediato, la zona se tornó blanca y después subió una gran humareda que tiñó la atmósfera azulada del planeta.

De otros astródromos comenzaron a despegar nuevas astronaves de combate. Xacman disparó entonces el satélite, una bola esférica con el supraaltavoz y la grabación de la princesa Kalina dirigida a sus súbditas.

La pequeña esfera que era el satélite supraaltavoz llegó a la ionosfera del planeta Vonel donde quedó orbitando mientras la voz de Kalina, en una lengua extrañísima para los terrícolas, comenzaba a recitar su mensaje.

Las astronaves de Gowm comenzaron a disparar sus armas al tiempo que de la X-Nidal-20 despegaban seis astronaves más; colocándose en formación tras las precedentes. La X-Nidal-20 se colocó en órbita del planeta disparó cuatro astronaves más que se dirigieron hacia Vonel; luego, otras cuatro que se mantuvieron a distancia de la nave nodriza, protegiéndola e impidiendo que ninguna de las naves de los humanoides de Gowm pudiera acercarse. Al mismo tiempo, neutralizaban los disparos enemigos con las pulverizaciones de placas metálicas que distorsionaban los cañonazos láser y los aparatos de señalización del enemigo.

De una forma temeraria, Xacman se introdujo en la atmósfera de Vonel y disparó contra las bases del suelo de Vonel, pero Sesang le advirtió:

—¡Xacman, Xacman, cuatro van por usted!

Xacman los vio venir por todas direcciones y se dispuso a vender cara su vida, Sesang salió en su defensa y se estableció un combate dentro de la atmósfera, con los recalentamientos que eso ocasionaba.

Las naves reventaban, los disparos cruzaban de una parte a otra por todo el planeta caía una lluvia de fuego del espacio mientras desde el suelo se replicaba con la artillería antiaérea, en tanto en el espacio, fuera de la atmósfera, se desarrollaba una batalla infernal.

Xacman sufrió una punzada de dolor al ver desintegrarse la nave del teniente Sesang que había sido tocada. Furioso, terminó con la que le perseguía disparándole con ultrasónico y tras localizar un punto neurálgico de la artillería de los humanoides de Gowm, le disparó un par de bombas termonucleares de alta potencia.

—¡Ahí van los bombones!

Dos enormes setas atómicas aparecieron en la superficie del planeta que se juntaron formando una sola.

Los humanoides de Gowm comenzaban a darse cuenta de que iban a sufrir su segunda derrota en encuentros bélicos con los terrícolas; no obstante, también había bajas entre las astronaves terrícolas, el espacio entorno al planeta Vonel se llenó de bolas de fuego. La superficie del planeta ya parecía un infierno.

—¡Xacman!

—Te escucho, Velázquez.

—¡He detectado una formación de cincuenta naves!

—¿Cincuenta? Eso sí que es un problema. Vamos a por ellos.

Los dos terrícolas se situaron en paralelo y fueron en busca de las cincuenta naves de Gowm que habían despegado, pero sin velocidad suficiente.

—¡Disparo termonuclear con tiempo graduado! —pidió Xacman a Velázquez.

—¡Entendido!

Ambos dispararon al mismo tiempo y salieron los misiles termonucleares que al llegar a la formación de astronaves de los humanoides de Gown estallaron, envolviéndolos.

La temperatura de todo el planeta aumentó unos grados ante la gigantesca bola ígnea que se produjo, llegando a desaparecer unos

pequeños lagos que había bajo el lugar de la eclosión atómica en el espacio.

Aquello era el fin de los humanoides de Gowm, ya no había más naves. El planeta azul se había tornado rojo negruzco y tardaría algún tiempo en purificarse su atmósfera. La batalla había sido breve pero grandiosa dentro de su informalidad.

—Xacman os habla, Xacman os habla... Todos de regreso a casa, todos de regreso a casa.

EPÍLOGO

—¿Cuántas bajas? —preguntó Xacman al comandante Emerson.

—Siete. Dentro de la desgracia, ha sido un éxito. Los humanoides de Gowm han sido vencidos y han quedado sin naves. Los que queden sobre el planeta ya se encargarán las súbditas de la princesa Kalina de la limpieza.

—Sí, ése ya es trabajo suyo. ¿Y Galatea?

—Está en mantenimiento.

—Luego la veré.

—Enhorabuena, Xacman, se la lleva usted pese a que he tratado de hacerla mía.

—Gracias. Voy a ver a la princesa Kalina, estará ansiosa por conocer noticias.

Subió por el túnel de unión que había entre la nave terrícola y la vonelita. Al llegar arriba observó el más completo silencio. Pasó por el corredor que ya conocía hasta desembocar en la sala circular donde solían recibir y quedó casi terroríficamente sorprendido, cuando después de lo que había vivido, parecía incapacitado para el asombro.

—No temas, Xacman, soy la princesa Kalina.

Ante sí tenía una especie de oruga gigante. Era más bien una termita de color blanco grisáceo con los ojos púrpura, ciertamente un monstruo para la visión terrícola.

—No es posible —musitó anonadado.

—Sí lo es, Xacman. Este monstruo que piensas que soy, es el verdadero aspecto, la forma real de las hijas de Vonel. Somos así, tanto yo como mis súbditas. Para vosotros somos como insectos gigantes, pero cerebralmente hemos evolucionado como los terrícolas, aunque no hemos alcanzado vuestra tecnología, por eso fuimos en busca de vuestra ayuda. Supimos que sólo vosotros erais capaces de derrotar a los humanoides de Gowm que nos habían invadido. Yo logré escapar en una nave con algunas de mis súbditas, la invasión era a muerte. Las súbditas que se hayan salvado será gracias a haberse escondido en las galerías más profundas de nuestras ciudades que son subsolares al estilo de vuestros pequeños termes terrícolas. No sé cómo pagaros que nos hayáis liberado de nuestros invasores y más sabiendo que eso ha costado la vida a varios de vuestros pilotos.

—¿Pero cómo es posible que os presentarais como mujeres fascinantemente hermosas?

—Dime, ¿nos hubierais ayudado a liberamos de los invasores si desde un principio nos hubieseis visto como me ves ahora? ¿Os habríais atrevido a luchar por nosotras si hubiéramos aparecido como insectos monstruosos ante vuestros ojos? Nosotras no hemos avanzado tecnológicamente como vosotros, pero hemos evolucionado más en la telepatía y en la metamorfosis temporal. Nosotras, las fugitivas de la invasión, conseguimos llegar cerca del satélite Io de Júpiter donde los terrícolas tenéis una colonia minera. Telepáticamente os estudiamos y nos dimos cuenta de cómo erais capaces de amar, de cuáles eran las cosas que más os interesaban, de la atención que tenéis con vuestras hembras. Decidí mi estrategia

para solicitar vuestra ayuda, no nos costó nada aprender vuestra lengua en ese periodo de observación.

—Y entonces, volasteis al satélite de Saturno, Titán, y lanzasteis el SOS galáctico. Os mantuvisteis en silencio hasta que llegáramos nosotros y viéramos que erais muy hermosas y desvalidas.

—Así es y la estrategia dio resultado porque decidisteis ayudarnos.

—¿Y las averías de vuestra nave?

—Provocadas por nosotras mismas; no fuimos tocadas por las astronaves de los invasores.

—Tengo que admirar tu estrategia, pero...

—Leo tu pensamiento y sé que quieres preguntar por el teniente Sesang, ¿verdad?

—Sí, él ha muerto.

—No temas, no hubo unión entre él y Trea, no podía haberla porque somos totalmente distintos. Trea le hizo creer al teniente que vivía una cita de amor como él la deseaba, como siempre había soñado gozarla. Trea se limitó a mentalizar a Sesang de que estaba inmerso en un amor que no existió, aunque el terrícola disfrutó de todas las sensaciones. Yo llegué a deducir que si nos amabais, os arriesgaríais para ayudarnos en nuestra desgracia. Habíamos sido invadidas y debíamos utilizar nuestras armas que son mentales y de posibilidad de metamorfosis temporal. En cuanto a ti, Xacman, te admiro, y cuando me di cuenta de que nos ayudarías lo mismo, pero que amabas a la hembra terrícola, os dejé solos en el momento justo en que ambos lo deseabais.

—Te agradezco la delicadeza, princesa Kalina.

—¿Ya no me temes?

—No.

—¿No te repugno?

—No. Me has causado una profunda sorpresa, pero he admitido tus razones, aunque será difícil explicárselas a los demás.

—No será necesario. Haz cortar el túnel de unión con nosotras, despegaremos del lomo de vuestra nave para regresar a Vonel. Dejad un tiempo prudencial para establecer relaciones y volved cuando queráis. De vuelta a la Tierra podrás explicar todo lo que te he contado y que ahora ves. Sabiéndolo de antemano se podrán establecer mejor unas relaciones de amistad y diplomacia entre los terrícolas y las hijas de Vonel.

—Tienes razón, princesa Kalina y me has dado una gran lección cuando alguien me pida ayuda, prescindiré totalmente del aspecto que pueda tener; lo importante es su mente, su espíritu.

—Xacman, has comprendido bien por qué nos vimos obligadas a daros una imagen de nosotras mismas que no era real. Que nuestras diferencias físicas no constituyan jamás un motivo de hostilidad.

—No lo serán.

Poco después, Xacman pasaba un brazo por encima de los hombros de la capitán Galatea. Se hallaban en el puente de mando de la X-Nidal-20 y por delante de ellos, suavemente, la nave de las hijas de Vonel, con su forma de pala redondeada, se alejaba. Su exilio había terminado, los invasores ya habían sido barridos. Xacman aún no había comunicado a nadie cuál había sido la profunda metamorfosis de las hijas de Vonel; ya llegaría el momento de explicarla, a su regreso al planeta Tierra.

FIN